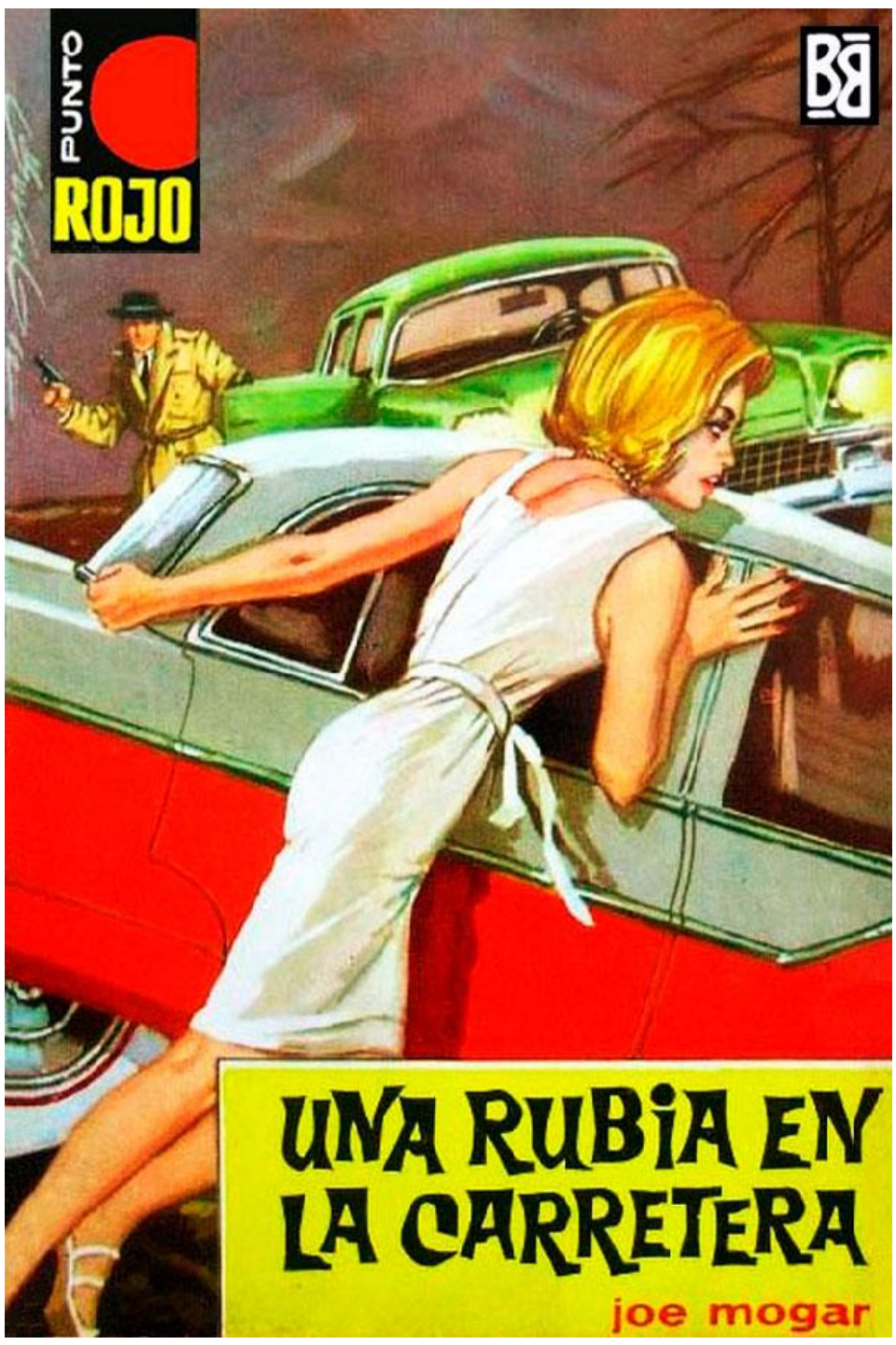


PUNTO
ROJO

B&B

A stylized illustration of a blonde woman in a white dress leaning against a red car. In the background, a man in a trench coat and hat holds a gun near a green car. The scene is set at night with a dark, moody sky.

UNA RUBIA EN LA CARRETERA

joe mogar

UNA RUBIA EN LA CARRETERA

JOE MOGAR

**UNA RUBIA
EN LA CARRETERA**

1.^a EDICIÓN
ABRIL - 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 1556-1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© JOE MOGAR-1963

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

N. R. 6978/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

733 — Se compra un pistolero.

En Colección BUFALO:

399 — Alias Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

648 — Han fusilado a mi esposa.

En Colección CALIFORNIA:

275 — La dama del puma.

En Colección TEXAS:

340 — Sonora Jim.

En Colección COLORADO:

223 — Sólo un pistolero.

En Colección KANSAS:

146 — El que a hierro mata.

En Colección BRAVO OESTE:

88 — Dos balas de plata.

En Colección PUNTO ROJO:

45 — Crimen en Columbus Circle.

**Una
RUBIA
en la
carretera**

por **JOE MOGAR**



CAPÍTULO PRIMERO

Me faltaban unas treinta millas para llegar a San Francisco cuando la vi.

En la carretera. En el lugar más peligroso de aquella carretera, junto a la alambrada que señalaba la peligrosa curva, al lado de un «Sedan» convertible, y lo estaba empujando.

Al pronto no caí en la cuenta de lo que la mujer, a juzgar joven, intentaba hacer con el convertible.

Cuando al fin lo supe, el «Cadillac» que yo conducía a setenta millas la hora ya la había rebasado lo menos en milla y media.

Fue entonces cuando solté una maldición y empecé apretar el pedal del freno, hasta que detuve el coche junto a la cuneta de la carretera. Después maniobré hasta dar completamente la vuelta, dando de nuevo la espalda a San Francisco.

No podía hacer otra cosa.

La curiosidad era para mí en aquel momento, mucho más fuerte que cualquier otro sentimiento de prudencia. Porque nadie, a no ser que esté loco de remate, o tenga un plan tenebroso, intenta lanzar un hermoso coche por un acantilado, hacia el mar, a las cuatro y treinta de la madrugada, y aquella rubia, o yo era tonto, o era eso lo que intentaba.

Apreté el acelerador y el «Cadillac» saltó hacia adelante como un caballo desbocado.

La encontré quinientas o seiscientas yardas antes de llegar a la curva. Andando lentamente, y mirando de vez en cuando hacia atrás, como si temiera algo, o como si esperara ver surgir a su espalda un coche que la llevara a San Francisco.

No se fijó en el mío, ya que como cosa lógica yo me encontraba marchando en sentido contrario.

Paré al llegar a su altura.

Casi al instante, la mujer volvió el rostro hacia el «Cadillac».

Era rubia.

Además de rubia, se me antojó que era también muy hermosa.

Saqué la cabeza por la ventanilla y pregunté:

—¿Le ocurre algo, *miss*...?

Vi brillar sus dientes en una sonrisa y al punto oí su réplica.

—Nada que usted pueda remediar. Siga su camino, que vamos en dirección opuesta.

Sonreí a mí vez. Su voz sonaba firme, pero a mí no podía engañarme. La rubia estaba nerviosa.

—Puedo llevarla a San Francisco si quiere, *miss*...

De nuevo dejé en blanco el final de la frase, pero ella, o no se dio cuenta, o no quería dar su nombre.

—No obstante se cogió a mí proposición como lo haría un naufrago en medio del océano con un madero que flotara a su lado.

—¿Lo haría? Bueno yo... Pero usted viene de allí, ¿no?

—Sí —repliqué—. Pero eso no importa. Estoy de vacaciones, ¿sabe? Por lo tanto, lo mismo me da ir a un lado que a otro. ¿Qué decide?

La vi vacilar, pero pudo más en ella el deseo de alejarse de allí que otra cosa cualquiera.

—De acuerdo —replicó—. Si es tan amable... lléveme.

Arranqué, di la vuelta y coloqué el «Cadillac» junto a ella, ya con el motor cara a San Francisco.

Abrí la portezuela y la miré acercarse.

Ahora me pareció aún más hermosa.

Veinticinco años. Ni uno más.

Fina, elegante. Tenía «sex-appell».

Y otras cosas más, en sitios convenientes, y nada desagradable a la vista sino todo lo contrario.

Era bastante alta, de ojos negros en maravilloso contraste con el rubio de su pelo. Frente despejada, nariz recta y fina, boca de labios gruesos y rojos, jugosos, y un redondito y voluntarioso mentón.

Llenita de carnes, vistiendo un complicado vestido de atrevido escote que dejaba al descubierto el principio de su seno alto y agresivo, ceñido al cuerpo como si estuviera pintado sobre ella, la falda, que delineaba perfectamente los muslos, estaba abierta a un

lado, hasta bastante más arriba de la rodilla.

Muy hermosa. ¿En qué lío se habría metido? Pero a todo esto, ¿qué diablos me importaba a mí todo aquello?

—¿Sube? —pregunté sin lograr contestarme a mi pregunta.

Se acercó más y me miró. En lo más profundo de sus ojos negros y rasgados vi el miedo que tenía.

Dio otro paso.

—Sí —replicó—. Ahora mismo.

Una larga y maravillosa pierna, un atrevido escote ante mis ojos que me hizo recrear la vista unos segundos, y luego ella se sentó intentando bajarse la falda sin conseguirlo.

Lanzó un suspiro y embragué.

Unos instantes después rodábamos en silencio.

Lo rompí mientras miraba el reloj del salpicadero.

—En el bolsillo de los guantes, junto a usted, hay tabaco. Fume, si quiere.

Volvió un tanto el rostro hacia mí, me dedicó una cansada sonrisa y replicó:

—Gracias. Le estoy muy agradecida de lo que hace por mí.

Sacó el tabaco. Encendió dos y me colocó uno entre los labios. Y me pareció sentir en ellos el cálido aliento de ella.

—Gracias —dije.

Seguí conduciendo por espacio de un par de millas. Fue entonces cuando decidí preguntar abiertamente:

—¿Qué le sucedió en la carretera, *miss*?

—Pamela Brow —replicó con un deje de orgullo en la voz.

No pude reprimir un respingo, ni tampoco una pregunta:

—¿De los

Brow & Hermanos

de San Francisco?

Sonrió enseñándome de nuevo sus menudos y blancos dientes.

—Sí. Soy vicepresidenta de la firma, y una de las herederas, cuando muera mi padre, por supuesto. Y ojalá viva aún muchos años.

Su tono, sin ser orgulloso del todo, era distanciante. Exactamente como si al lado de ella estuviera el mayordomo, o el jardinero, y no un tipo con todas las trazas de un actor cinematográfico, alto, atlético, moreno, de ojos pardos, y de unos

seis pies y diez pulgadas de estatura.

Un tipo con un «Cadillac» como el mío, de ocho plazas, convertible, y modelo 1960. Pero ¿cuántos tendría ella?

La lancé una rápida mirada de reojo y volví a centrar mi atención en la carretera.

—Bien, *miss* Brow —dije al cabo de unos minutos de silencio—. En realidad, ¿qué fue lo que le ocurrió a usted?

—Nada extraño a estas horas de la noche. Sufrí una avería cuando me dirigía a San Francisco viniendo de Richmond. Un tipo me recogió en la carretera. Se ofreció a llevarme, entablamos conversación, pero después me di cuenta de que tenía las manos demasiado largas para mí gusto. ¿Comprende?

Asentí en silencio.

—¿La besó? —pregunté.

Siguió un extraño silencio en el interior del «Cadillac» y mirándola de soslayo me di cuenta de que había enrojecido notablemente.

—¿Qué diablos le importa a us...? —calló unos segundos y añadió excitada, como si se propusiera dar una nota más verosímil a su falso relato, y después siguió—: ¡Claro que me besó, el muy cerdo! No una, sino un par de veces. Luego... Luego me acarició... Bueno, forcejeamos y al fin detuvo el coche, temeroso de perder la dirección. Me hizo bajar, cosa que deseaba y con una risa insultante, y unas, desagradables palabras sobre si era una puritana, partió a escape. Poco después vino usted, por lo que le estoy muy agradecida.

Decididamente, la chica tenía imaginación. Me había explicado un bonito cuento, pero al improvisarlo tan rápidamente, no había tenido en cuenta unos cuantos fallos que había en él.

Primero...

Yo la había visto mucho antes, junto a la alambrada que señalaba aquella curva sobre el acantilado, empujando un sedán convertible, y ahora la rica y hermosa *miss* Brow se encontraba sin él.

Segundo...

Mentía como un bellaco hembra al, decir que un tipo que conducía un coche la había besado y acariciado. Con las manos ocupadas con el volante, no me explico cómo pudo hacerlo. ¡Listos

que son algunos tipos!

¿Listos? Bueno, eso contando con que no se hubiera dejado ella.

Tercero...

Seguía mintiendo. Porque... Veamos... De no haberla visto en la carretera, al lado del «Sedán», puede que hasta cierto punto la hubiera creído, pero se daba el caso, que yo no vi a ningún coche, ni adelantarme cuando pasé por su lado camino de San Francisco, ni nadie se cruzó en sentido contrario cuando di media vuelta hasta que llegué junto a ella.

¿Dónde estaba pues, aquel coche fantasma?

Sacudí la cabeza preguntándome un sinfín de cosas, ninguna de las cuales tenían respuesta para mí, al menos por el momento.

Casi en el acto oí su voz acariciante y pastosa.

—¿En qué piensa? ¡Ah! Aún no me ha dicho su nombre.

—Es verdad. Perdóneme —repliqué un tanto confuso—. Phil Drew. Puede llamarme Phil, *miss* Brow.

Sonrió y volvió a hacer la pregunta anterior:

—¿En qué estaba pensando, Phil?

—En usted. En lo hermosa que es. Ya sé que esto no será nada original para usted. Debe haberlo oído muchas veces, ¿verdad?

Era una forma como otra cualquiera de hacer «mutis por el foro», pero ella no reparó en ello. Frunció su bonito ceño y sus rasgados ojos centellearon al fijarlos en mí.

—¿Usted también? —preguntó con voz seca.

—Yo también, ¿qué?

Y añadí al comprenderla:

—Vamos, usted cree que voy a intentar hacerle el amor, ¿no? Pues se equivoca, *miss* Brow. Tiene usted demasiados dólares para mi gusto.

—Aún no —replicó fríamente—. Papá sigue vivo, por suerte.

—Pero los tendrá algún día. Y serán muchos —repliqué no menos secamente aún.

Sin saber por qué, me notaba molesto.

Ella rió un poco nerviosamente después de mis palabras y exclamó con absoluta tranquilidad:

—Sí, Phil. Bastantes. Algo así como unos quince millones de dólares.

¡Exactamente como si hubiera dicho quince centavos!

Aquello me molestó aún más si cabe.

Por lo tanto, ya no hablé hasta llegar a San Francisco.

CAPÍTULO II

—¿Dónde le dejo? —pregunté apenas las luces multicolores de los anuncios luminosos nos envolvieron junto con el intenso tráfico de la calle.

Ella hizo una mueca. Por el «retrovisor» vi cómo me miraba.

—Puede parar aquí mismo —replicó.

Denegué con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó ella al ver mi gesto.

—Es bien sencillo, *miss Brow*. Usted desea bajar aquí, para que yo no pueda seguirla. ¿No es así? Sin embargo, sigue sin usar la cabeza. Si fuera así, se hubiera dado cuenta de que me basta con una guía telefónica, para saber en el acto dónde tiene su casa. Si no fuera así, con dirigirme a la compañía que representa, asunto concluido.

—Entonces, si se muestra tan listo, Phil, ¿por qué no me deja aquí?

La miré y después repliqué fríamente:

—Voy a llevarla a mí apartamento, *miss Brow*.

Al punto vi el brillo de sus ojos cuando se volvió a mirarme, y después alargó su cuidada mano rematada por dedos finos, de uñas largas y rojas, y tomó la manija de la portezuela.

—Es usted un cerdo, míster Drew.

Alargué la mano a mí vez y la prendí por un brazo. Temblaba.

—¡No es por ahí, ricura! —dije adivinando cuáles eran sus pensamientos—. De usted sólo me interesa una cosa. ¡Suelte la manija!

No obedeció, pero dejó de presionar en ella. Después adiviné más que vi que me estaba mirando, mientras su seno se distendía bajo la tela del corpiño.

—¿Qué quiere decir...? Yo...

—Quiero hablar de un «Sedán» convertible, de cierto acantilado, y de cadáveres.

Aquello último era una finta. Lo dije por hablar, para causar impresión en ella, más que otra cosa.

Y se la causé.

¡Vaya que sí!

Cayó a mis pies lo mismo que un saco, completamente desmayada.

—¡Cuernos! —rezongué—. Con esto sí que no habías contado tú, Phil.

La aparté todo lo delicadamente que pude y seguí conduciendo rogando mentalmente que ningún policía de tráfico nos detuviera.

Minutos más tarde me encontraba atravesando Skyline Boulevard, rodeando el «Zoo», hacia Greanland way donde tenía mi apartamento.

Arrimé el «Cadillac» al bordillo de la acera y miré en torno. La calle estaba vacía, con lo que lancé un suspiro de alivio.

Abrí la portezuela y descendí, acercándome a la casa donde tenía mi apartamento. Abrí la puerta de hierro que daba acceso a la escalera y escuché.

Después pulsé el interruptor de la luz automática y miré al interior.

Tal como había supuesto, el portero no estaba. Volví a suspirar y mientras lo hacía retrocedí hasta el «Cadillac».

Miss Pamela Brow, de los

Brow & Hermanos

de San Francisco, vicepresidenta de una de las más potentes firmas de exportación e importación de productos de belleza de California, amén de heredera de la misma, cuando su padre muriera, seguía en el fondo del coche.

Más hermosa que nunca.

Como una maravillosa y rota muñeca china.

Abrí la portezuela del todo y me incliné para acto seguido tomarla en mis brazos. Después crucé la calle no sin antes haber mirado en torno por si nos veía alguien.

La calle seguía desierta, con lo que me adentré en el portal recto con mi preciosa carga al ascensor.

Pulsé el botón correspondiente y tres minutos después estaba frente a mi apartamento.

Con bastante sentimiento por mi parte tuve que dejar aquella belleza rubia en el suelo mientras buscaba la llave de la puerta.

Franqueado el paso, volví a tomarla en brazos y la deposité suavemente encima del diván, en el *living*. Me pareció más correcto hacerlo así que no en mi propio lecho, y después empecé a hacerla volver en sí, con todos los procedimientos que se me ocurrieron.

Incluso besé sus rojos labios, ahora pálidos lo mismo que su rostro, pero Pamela Brow, ni por ésas se movió.

Recordé entonces el «Cadillac» y me puse en pie. Desde las alturas la miré atentamente. Después di media vuelta y abandoné el *living*. Ya en el pasillo, cerré la puerta de mi apartamento con llave y bajé la escalera saltándome los escalones de tres en tres.

Llevé el «Cadillac» al garaje y regresé después al lado de Pamela. La hermosa seguía aún sin conocimiento.

Mirándola de soslayo, preguntándole ahora por qué diablos me había metido en un asunto que no me importaba ni poco ni mucho, fui al frigorífico y me preparé un *whisky* con hielo.

Sin abandonar la botella fui a su lado y me arrodillé junto a ella. Procuré entonces hacerla tragar parte del líquido, y lo conseguí, aunque fue una mínima cantidad.

Me senté en uno de los sillones, esperando, y pensando. Y mis pensamientos no eran nada agradables.

Me estaba dando cuenta de que por primera vez en mi vida, acababa de encontrar en mi camino una mujer que verdaderamente me gustaba.

Seguí pensando en cadáveres, en coches «Sedan» convertibles, y en muchas cosas más.

Hasta que oí un gemido procedente del diván. Me puse en pie y avancé hasta él. Pamela parpadeaba mientras que su seno latía violentamente bajo la liviana tela que lo cubría.

Al fin abrió los ojos, miró en torno y me acerque. Unos instantes después rodeaba su fino talle con mi brazo derecho, y la ayudé a incorporarse en el diván.

Sus ojos negros me asaetaron llenos de terror, y entonces exclamé en tono jocoso antes de que pudiera decir nada:

—Si va a preguntar como todas, cuando recobran el

conocimiento «¿Dónde estoy?». «¿Dónde me encuentro?»; no lo haga. Yo sé lo diré. Está en mi apartamento, *miss* Brow, tal y como le anuncié. —Le alargué el vaso de *whisky* que sostenía en la mano izquierda, y sin soltarla del talle dije—: Ande, beba, esto le sentará bien.

Su mano temblaba cuando lo tomó para acto seguido llevárselo a los labios. Lo apuró de un trago y sin decir palabra me lo devolvió mientras que sus pálidas mejillas recobraban poco a poco el color.

Pamela continuó sin moverse.

Pero no hizo nada para apartarse de mí, y mucho menos para evitar el brazo que la rodeaba por la cintura.

Sin soltar el vaso, sin apartarme de ella, y mucho menos abandonar su cintura, me senté a su lado.

—¿Cómo se encuentra, *miss* Brow?

Fue entonces cuando pareció reparar en que yo la tenía casi abrazada, ya que se separó de mí casi con violencia.

Al punto, y desde el otro extremo del diván preguntó con voz velada por el miedo:

—¿Quién...? ¿Quién es usted, *míster* Drew?

—Eso no es contestar a mí pregunta, *miss*.

Abrió mucho los ojos y acabó por retorcerse las manos. Con los ojos brillantes de lágrimas se puso en pie y me enfrentó:

—Por favor, hable —dijo—. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me ha traído aquí? ¿Qué es lo que sabe usted?

—Muchas preguntas para contestarlas con una sola respuesta, *miss* Brow —repliqué mientras introducía la mano en el bolsillo interior de la americana. Saqué la cartera y de ella una cartulina que le mostré—. Ahí tiene la respuesta de una de ellas, *miss*.

La miró y palideció tambaleándose.

—¡Un privado! Un... pesquisa...

—Se dejó caer sobre el diván y me miró más pálida aún que cuando estaba desmayada.

Pensé rápidamente. Yo había hablado de cadáveres y esto es lo que la descompuso. Tenía que atacarla a pesar de su hermosura. A pesar de mí mismo, ya que como he dicho, aquella mujer de veinticinco años me cautivaba.

—¿Por qué no me lo cuenta todo, *miss* Brow? —pregunté.

Había angustia y terror en sus ojos cuando terminé con la

pregunta.

—Vamos, muchacha —añadí—. Después de todo, el matar a un tipo no es tan desagradable como parece a simple vista. Claro, que siempre que el tipo se lo merezca.

Lanzó un gemido y seguí sin darle respiro.

—¿Por qué le mató, *miss Brow*?

Su expresión de patetismo cuando de nuevo se puso en pie me conmovió profundamente, pero nada en mí lo delató.

Ella avanzó un paso y me prendió por las solapas de la americana.

—Era un cerdo —dijo en tono bajo y de profundo rencor—. Merecía mil veces la muerte, pero yo no lo maté.

—No, claro —repliqué en tono burlón bien a mí pesar. Pero Pamela Brow no pareció darse cuenta de ello.

Debió ser así ya que añadió sin apartar las manos de mis solapas:

—No le maté. Y eso que me estaba haciendo chantaje desde hacía un año y medio. Mil dólares semanales. Es un buen pellizco, pero yo no podía permitirle que hablara —me miró largamente y al fin bajó los brazos y fue a sentarse en el diván. Cabalgó una pierna sobre la otra y añadió—: Le estoy diciendo la verdad, Phil. Thomas Murray no murió a mi mano. Alguien le mató cuando estaba en mi casa. ¿Comprende? Por eso tenía que hacer desaparecer su cadáver sin dejar rastro. Pero yo no fui. No lo hice yo.

Hizo una pausa y aproveché para preguntar:

—¿Qué sabía de usted para hacerle chantaje, *miss Brow*?

El rostro de ella acusó el impacto de mi pregunta y tardó unos cuantos segundos en contestar.

Cuando lo hizo, su voz sonó en mis oídos en tono opaco y bronco:

—Eso no se lo diré nunca. ¡Oh, Phil! ¡Créame! Me hacía chantaje, pero no le maté yo. ¿Qué puedo hacer para que me crea?

Nada. Pamela Brow no podía hacer nada para que la creyera, pero me guardé muy bien de hacérselo saber así.

A pesar de ello aduje:

—Comprenda, *miss Brow*, que aunque yo la creyera, la policía no lo haría en modo alguno al menos que usted les señalara a su asesino; Vamos a ver: ¿cómo murió?

Vaciló unos segundos mirándome patéticamente desde el diván y después empezó a hablar con sus hermosos ojos fijos en los míos, y en un tenue susurro.

—De un balazo en medio de la frente, Phil —siguió una pausa y después ella añadió—: Verá: ese hombre, Thomas Murray, tenía que venir a casa. Le había llamado yo. Deseaba quitármelo de encima de una vez, e iba a proponerle una buena cantidad, y un pasaporte para que se fuera al extranjero. Vino, y me exigió la cantidad de inmediato. Le dije que no tenía tanto en efectivo en la casa, y me replicó que fuera a buscar lo que hubiera que al día siguiente se presentaría por el resto.

«Le dejé solo frente a una copa de *whisky* y fui a mí dormitorio. Cuando regresé, llevando quince mil dólares en billetes de cien, el cerdo ese estaba caído en el suelo, boca abajo, la copa del *whisky* se había estrellado, a su lado, y la silla en que había permanecido sentado también estaba caída junto a él.

«Me acerqué sobresaltada y me arrodillé a su lado. Le di la vuelta, y estuve a punto de desmayarme. Estaba muerto. Asesinado. El agujero negruzco que había en la frente me lo indicaba así. Creo que permanecí alelada durante mucho rato hasta que logré reaccionar. Entonces fue cuando empecé a darme cuenta de la situación en que me encontraba. No podía avisar a la policía. Claro que ella podría más o menos temprano probar sin ninguna duda que no le había matado yo, pero saldría a la luz todo el tinglado. La Prensa más o menos asquerosa, ávida de sensacionalismo nos enfangaría más y más, y tuve miedo.

«Nadie, Phil Drew, debía saber que un hombre había sido asesinado en mi casa, y mucho menos que este hombre me estaba haciendo víctima de un chantaje. El escándalo que aquello acarrearía podía muy bien costarle la vida a mí padre, desde hace meses bastante delicado, y decidí no decir nada. Pero callando, se me planteaba un peliagudo problema: el cadáver. Tenía que hacerlo desaparecer. Por lo tanto, sacando fuerzas de flaqueza, y aprovechando que la única que había en la casa era yo, arrastré el cadáver hasta el garaje y lo introduje en el portaequipajes.

«En toda la noche pude dormir. Ayer, pretextando una fuerte jaqueca no fui a la oficina, pero tampoco permanecí en casa. Tomé el volante de otro de mis automóviles y seguí un buen rato la

carretera de la costa, hasta que encontré un sitio adecuado. Después volví a la casa y esperé la noche para... Para encontrarme con usted, Phil Drew —hizo una nueva pausa y terminó—: El resto ya lo sabe tan bien como yo. Ahora quiero preguntarle qué camino va a tomar, qué uso va a hacer con lo que le he confiado.

Apuré el resto del *whisky* y me acerqué a la mesita ratona para escanciarme otro vaso.

Luego, después de unos cuantos minutos en el transcurso de los cuales ninguno de los dos hablamos, la miré por el borde del cristal.

Seguía teniendo miedo, y ahora sus ojos brillaban llenos de lágrimas.

CAPÍTULO III

—Creo, *miss* Brow —dije lentamente—, que no tengo más remedio que avisar a la policía. Un hombre ha sido asesinado y...

Saltó del diván y en un segundo la tuve a mi lado, con las manos engarfiadas nuevamente en las solapas de mi americana, su hermoso y anhelante rostro levantado hacia el mío, y su roja boca entreabierta, temblorosa, como una agradable tentación.

—¡No! No lo haga, Phil. ¿Es que no comprende? Ese tipo era un asqueroso chantajista y yo no le maté. Ahora su cuerpo, con un coche por ataúd, reposa en el Pacífico. El motivo del chantaje ha cesado para mí. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Hablar con la policía —dije tercamente—. Es su obligación.

Me miró más asustada que nunca, y repentinamente empezó a zarandearme.

—No —replicó de nuevo—. ¡Nunca, Phil Drew! Mire, soy rica, y después de la muerte de papá aún lo seré más. Ponga un precio por su silencio. Le pagaré sin protestar, cualquier suma siempre que sea razonable.

Calló mirándome anhelante.

—¿Qué pretende? —pregunté—. ¿Qué también yo le haga chantaje?

—No, Phil. ¡De verdad que no! —Miró en torno, a lo que ella juzgaba mi modesto apartamento y exclamó—: Así, en la forma en que vive usted, no se puede vivir. ¡Compréndalo! Yo puedo ayudarle mucho, Phil. ¡Déjeme hacerlo! —Se apartó de mí y fue a buscar su bolso, que abrió en forma frenética—. Mire, Phil —dijo a continuación—: ¡Cinco mil dólares! —Me los alargó añadiendo—: Son para usted. Al final de mes, cuando reciba mi asignación le daré otros tantos. Así hasta que el pobre papá muera. Después... Bueno,

después ajustaremos cuentas.

Se me acercó apretándose contra mi cuerpo. Su rostro quedó muy cerca del mío, pero a bajo nivel. Sólo tenía que inclinarme...

No lo hice, y en vista de mi silencio ella añadió patéticamente:

—Lo hará, ¿verdad? Callará, ¿no? Le ayudaré, Phil. Le ayudaré todo lo que pueda. Sólo pido su silencio a cambio.

Repentinamente la separé de mí y alargué la mano.

—Sea —dije—. Deme esos dólares.

Al instante vi la expresión de alivio que había en sus ojos. Me los dio y los guardé en el bolsillo trasero del pantalón.

Después la miré, y de una manera repentina vino a mis brazos rodeándome el cuello con los suyos. Levantó la cabeza y sin poderlo remediar incliné la mía y la besé.

Un minuto largo más tarde nos separamos. Fue cuando ella habló, pero después de recuperar parte de su agitado resuello.

—Gracias, Phil —dijo—. Estaba segura de que podía confiar en usted. Sabía que me ayudaría.

Mirándola fijamente repliqué con intención:

—Gracias a usted, Pamela. Nunca había tenido tan cerca de mí a una mujer tan hermosa como usted.

Guardó silencio sin enrojecer, en vista de lo cual añadí:

—Es muy tarde para que vaya a su casa, Pamela —señalé mi dormitorio y dije—: Puede pasar la noche aquí.

—¡Phil! —vaciló unos segundos y después me sonrió—. Gracias. Pero ¿y usted?

Me encogí de hombros.

—No se preocupe por mí, Pamela. Puedo dormir en el diván. Ande, váyase a dormir. Mañana la acompañaré a su casa.

Me miró largamente y después dio media vuelta y se alejó.

Desde la puerta de mi dormitorio se volvió para mirarme.

—Buenas noches, Phil, y gracias.

Cerró a su espalda y me di cuenta de que dejaba la llave por la parte de, fuera, y que tampoco corría el cerrojo que había en la parte interior.

Se lo agradecí, me quité la chaqueta, las correíllas con la funda y la «Luger», y me tumbé en el diván.

Cuando ella, ya al día siguiente, salió del dormitorio, aún no había pegado un ojo. El resto de aquella noche me lo había pasado

en blanco, pensando en la hermosa rubia que había encontrado en la carretera.

Una rubia amiga de repartir dólares a montones, y sepultar cadáveres en el mar.

Fui a la ducha mientras ella preparaba el desayuno, y mientras me afeitaba seguí pensando en el chantajista Murray y en las consecuencias que para lo venidero podía tener todo aquello.

Si como decía Pamela era verdad que ella no le había matado, ¿quién entonces? ¿Alguna de sus víctimas, o alguien que deseaba hacerle un favor?

Si era así, es que alguien, además de ella, el propio Murray y yo, sabía que Pamela Brow estaba siendo víctima de un despiadado chantaje.

Además también había otra cosa; Pamela se negaba a decir por qué motivo tenía que pagar mil dólares semanales a un tipo tan despreciable como aquél.

Y digo despreciable, ya que a pesar de no conocer personalmente a Murray, siempre me han dado asco los chantajistas.

¿En qué lío se había metido mi bella rubia?

Salí de la ducha formulándome esta pregunta, y acabé de afeitarme sin haber podido responderme a ella.

Me vestí, y caminé hacia el comedor. Pamela me sonrió desde la pequeña mesa, detrás de un humeante tazón de café con leche.

Sonreí a mí vez y me senté frente a ella. Desayunamos en silencio y también con el mismo silencio alcanzamos el garaje donde guardaba mi «Cadillac».

Sólo hablé para preguntarle en qué dirección debía llevarla.

Me lo dijo, y una hora más tarde estábamos en uno de los barrios más caros y elegantes de San Francisco.

Vi la hermosa quinta de dos plantas, rodeada de un amplio y magnífico jardín y la envidié. ¡Aquello sí que era manera de vivir!

Mis pensamientos los interrumpió ella.

—Pare aquí, Phil —dijo.

Obedecí en silencio y se volvió hacia mí con la sonrisa en los labios.

—No sé si habrá alguien en la casa, Phil. Por eso no le invito a que pase conmigo —hizo una ligera pausa y añadió—: Pero deseo

verle muy a menudo. Quiero ayudarle. Quiero hablar con usted de todo lo concerniente a su persona. Deseo saber cuáles son sus ambiciones, sus proyectos, en fin, todo.

Se me acercó y levantó el rostro hacia el mío. Leí la invitación en sus ojos y en sus labios. Me incliné sobre ella y me besó fugazmente.

Al separarse de mis brazos, la millonaria Pamela Brow sonreía.

—Le telefonaré un día de éstos para que salgamos juntos, Phil —afirmó.

Abrió la portezuela, descendió y la volvió a cerrar. Entonces introdujo la cabeza por la ventanilla. Nos besamos de nuevo, dio media vuelta y desapareció de mí vista en un santiamén.

Pensativamente embragué y puse rumbo hacia Golden Gate Park, frente a cuyo hermoso parque tenía mi oficina.

Dejé el «Cadillac» en la playa de estacionamiento, crucé la calle, me introduje en el portal, saludé al portero y entré en el ascensor.

Unos minutos más tarde estaba dando cara a mi bella secretaria, Helen y a mí ayudante Perry Fisher.

Helen Dixon es morena y tiene los ojos negros, junto con otras cosas más, y también estupendas. Con una fachada imponente y una boca digna de ser besada por lo menos un millón y una vez.

Fisher, en contraste con ella, es rubio como el trigo y casi tan alto como yo.

Les encontré charlando amigablemente. Ella sentada en un pico de la mesa, con la estrecha falda a medio muslo, y él en un sillón, frente a ella, con la actitud de un perro faldero frente a su amo.

Ambos giraron la cabeza para mirarme.

—Buenos días, Phil.

Fue ella la que saludó primero y después Fisher la secundó.

Después de responder a estos cariñosos saludos encaré a Fisher y dije:

—Deja de mirar el monumento que Helen tiene por piernas y ven conmigo. Tengo trabajo para ti.

Helen saltó del pico de la mesa al suelo, enrojeció un poco, me sonrió de manera encantadora, me tiró un beso con la punta de los dedos y dio la vuelta para ir a sentarse detrás de la máquina de escribir.

Entonces dijo:

—Caramba, Phil, a juzgar por su forma de tratarme, creí que no se había dado cuenta de ello.

Noté que deseaba aplaudirla, pero no lo hice. Simplemente me limité a tomar a Fisher por un brazo y tirar de él hacia mi despacho privado.

Sentados frente a frente nos miramos varios segundos sin decir nada.

Finalmente Fisher, incapaz de contenerse por más tiempo preguntó:

—¿Qué es ello, Phil? Vamos, desembucha, hombre.

Solté una risita de circunstancias y después me lancé.

—Deseo que dejes todo lo que tengas entre manos, si es que hay algo, y que a partir de este momento te dediques a vigilar a *miss* Pamela Brow, de los Brow, etcétera, etcétera.

Saltó sobre el asiento y dio un fenomenal silbido.

—¡Cuernos, Phil Drew! —Maulló sordamente—. ¿Es que te dedicas ahora a la caza de millones? Si mal no recuerdo, esa dama...

—¡Cierra el pico, imbécil! —atajé—. Vas a callar y hacer lo que te diga. Quiero que te conviertas en la sombra de esa rubia. Quiero un parte diario de todo lo que haga, durante el día, y lo mismo cuando se le ocurra salir por la noche.

—Pero, Phil —protestó—; ella acostumbra a ir a unos sitios donde mi bolsillo no me permite entrar.

—La esperas en la puerta —vi cómo su rostro perdía su animación, a pesar de las protestas que me había hecho y añadí para dorarle un tanto la píldora—: Te quedas en la puerta, a menos que no sea necesario que entres detrás de ella. Si es así, el gasto corre de mi cuenta. ¿Comprendido?

—Del todo, Phil. Ahora una pregunta; ¿quién es tu cliente?

—Tú límitate a hacer lo que te digo, y nada más. Cuanto menos sepas de este asunto mucho mejor para ti. ¿Entiendes?

—¡Un cuerno es lo que entiendo! —rezongó, para acto seguido preguntar—: ¿Cuándo me pongo en campaña?

—Ahora mismo, Perry, —repliqué—. Y quiero un informe completo sobre cuáles son sus amistades. Si sale con algún hombre, la categoría moral de éste, sus amigas. En fin, que deseo saber de ella, si puede ser, desde el mismo día en que le salió el primer

diente, hasta ahora. Y ya puedes largarte. La chica estará ahora en las oficinas principales de la empresa. Ya sabes dónde están, ¿no? Si no es así búscalas en la guía de teléfonos o en el «Quién es Quién» de San Francisco.

Lo despedí con un ademán y al quedar solo me retrepé contra el respaldo del sillón.

Palpó el bolsillo trasero del pantalón y extraje de él los cinco mil dólares que Pamela me había dado.

Entonces mascullé en voz alta:

—Algún día te demostraré que ni con dinero ni con besos se puede comprar todo lo que uno anhela, Pamela Brow.

Un rato después me puse en pie y con el cigarrillo encendido colgado de la comisura de la boca, a falta de otra cosa, fui a donde estaba Helen.

A las ocho y media de la noche recibí el informe de Perry. Nada importante. Pamela salió al medio día para ir a comer a un restaurante, completamente sola, después regresó a las oficinas y más tarde, conduciendo uno de sus coches se encaminó a su quinta.

Allí estaba ahora.

Dije a Perry que siguiera vigilando y le di orden de llamarme si Pamela la abandonaba nuevamente.

Después me fui a un restaurante llevando del brazo a mi secretaria, y cenamos juntos llenos de cordialidad. Una hora más tarde me despedí de ella con un beso, y frente al volante del «Cadillac» conduje hacia la quinta de los Brow.

CAPÍTULO IV

Lo que se divisaba de la quinta, desde el sendero donde me encontraba, estaba completamente a oscuras. Era la fachada principal y esto facilitaba enormemente mis planes.

Por lo tanto atravesé la enorme y enrejada puerta, caminé por el sendero procurando ocultarme en las sombras de los árboles, ya que la luna brillaba con alguna intensidad, y avancé rectamente hacia la finca.

Cerca de ella me detuve para mirar.

Era enormemente hermosa.

Empecé a rodearla lentamente, procurando encontrar la puerta que daba al garaje.

Pero lo primero que descubrí fue otra puerta. Ésta completamente acristalada.

Me detuve. Miré en torno. Me acerqué al ver que no había nadie, y atisé por ella.

Un amplio vestíbulo. Al menos lo juzgué así bajo los rayos de la luna. Al fondo una mancha oscura. Deduje que era una puerta.

¿Dónde estaba Pamela? ¿Durmiendo acaso?

Era lo más posible, ya que Perry me había dicho que la rubia de tan raras aficiones seguía en la quinta.

Seguí mirando por espacio de unos cuantos minutos más y después, pegado a la fachada continué dando la vuelta a la finca hasta que encontré lo que buscaba. La puerta del garaje.

Me acerqué a ella y miré para ver si estaba abierta.

Lo estaba. Tan abierta, como para darme a entender que la cerradura había sido forzada.

Con el oído pegado a la madera escuché mientras me preguntaba si Pamela se había dado cuenta de aquélla anomalía.

Posiblemente sí, si había encerrado su coche allí.

Lentamente empecé a empujar la puerta en vista que del interior del garaje no surgía ningún rumor.

Conseguí abrirla del todo.

Fui a entrar, y en aquel preciso momento una sombra cayó sobre mí. Intenté zafarme de ella, pero demasiado tarde. Un puño, duro como una roca, se estrelló contra la punta de mi barbilla.

Confieso que ni mi peso ni mi estatura dan a entender que soy un mequetrefe o un alfeñique, pero sin poderlo remediar me vi volando hacia atrás, hasta que aterricé en el suelo dándome un fenomenal batacazo.

Rodé por el suelo entre maldiciones y después me puse en pie sin dejar de maldecir.

Escuché.

Alguien corría por entre los árboles y las plantas de aquella especie de parque particular. Extraje la «Luger» de la funda de la axila y corrí hacia donde se oía aquel precipitado sonido de pasos.

Me interné por entre los árboles.

Poco después me detuve para escuchar.

Silencio.

Respiré fatigosamente y miré en torno. Nada. No veía nada. Aquel lugar lleno de árboles, espeso follaje y matas de jardín no era el más apropiado para dejar pasar los rayos de la luna llena.

Escuché de nuevo. El silencio persistía.

Lentamente empecé a volverme hacia la finca con la idea de examinar el garaje, exactamente como había hecho mi desconocido agresor.

Di un par de pasos en aquella dirección y de súbito tuve la intuición de que había alguien a mí espalda. Rápidamente intenté volverme, pero no acabé de hacerlo.

Algo estalló en el interior de mi cabeza, y repentinamente me di cuenta de que el suelo acudía rápidamente a mí encuentro.

Me estaba mojando a conciencia. De eso no cabía la menor duda. Pero lo que era más extraño, era la sensación de calor, en mi interior, que en, contraste experimentaba.

Lo comprendí al verla a ella, con una toalla empapada en agua, con la que seguramente había tratado de volverme en sí, y el frasco de licor que había a sus pies, calzados con zapatos de alto tacón.



Me golpeó en el hombro y lancé un rugido...

2—Rubia

Pero sobre todo, sus hermosas piernas enfundadas en caro nylon, a escasas pulgadas de mí cabeza. Luché por no mirar hacia arriba. Tal vez Pamela se dio cuenta de ello ya que se alejó un par de pasos.

La miré y vi su rostro demudado, lleno de susto, y me incorporé hasta quedar sentado en el suelo.

Ladeé la cabeza para mirar en torno y después, ya con los ojos fijos en ella pregunté:

—¿Qué ha ocurrido, Pamela?

La pregunta era estúpida, pero no tenía otra con la que salir del paso.

—No lo sé, Phil —dijo ella en un susurro—. Alguien debió de golpearle, ya que le encontré bajo los árboles del jardín completamente sin sentido.

—Sí. Así fue. Vine a verla —mentí con aplomo—, y alguien me golpeó en el camino. Supongo que después, me arrastraría hasta los árboles donde usted me encontró.

Hice ademán de ponerme en pie y entonces un agudo dolor, viniendo de mi nuca me recorrió todo el cuerpo. Vacilé y Pamela corrió a mí lado para pasar su delicioso brazo por mí cintura.

—Sujétese a mí —dijo—. Y perdone que no esté o en el lecho o en el diván. Pero yo sola, no podía con usted. No sabe el trabajo que me ha dado para traerle hasta el interior de la quinta.

—Gracias por todo, Pamela —dije—. Y puedo decirle algo más. Que merece la pena ser golpeado de cualquier modo, para después sentirla cerca como la siento yo.

—Es usted un tonto, pesquiza —replicó con la sonrisa en la boca, aunque la expresión de susto de sus ojos no se había desvanecido por completo.

Me dejé caer en el diván y la miré. ¿Preguntarle por la cerradura del garaje? Sin saber por qué me dije que no debía hacerlo.

Me alargó un vaso más que mediado de *whisky* y me apresuré a apurarlo de un trago. De inmediato me sentí mejor. Entonces paseé la vista en torno y vi la puerta cristalera.

Estaba en el vestíbulo que yo había visto desde fuera, pero ahora brillantemente iluminado por la enorme araña que pendía del techo.

Mientras lo examinaba todo una pregunta acudió a mí mente y la formulé sin más preámbulos:

—¿Fue aquí donde murió Murray, Pamela?

Palideció un tanto y la expresión de miedo que había en sus ojos se acentuó de nuevo.

—Sí —replicó con un hilo de voz—. ¿Cómo lo ha sabido, Phil?

—Es bien sencillo —dije mirando de nuevo en torno, y ahora,

especialmente a una enorme y abierta ventana que daba directamente hacia los árboles donde mi desconocido «amigo» me había atacado—. ¿Recuerda si había alguna ventana abierta?

Me miró sin replicar. Después tomó el vaso de mí mano, dio media vuelta y desapareció haciendo balancear sus caderas de una manera enloquecedora, dejándome solo.

Cuando al cabo de varios minutos regresó a mi lado, traía en las manos sendos vasos de *whisky* con hielo. Me alargó uno que tomé de inmediato y luego ella vino a sentarse en el suelo, junto a mis pies.

Levantó su hermosa cabeza para mirarme.

—Hacía tanto calor como esta noche, Phil —replicó a mi anterior pregunta—. Por lo tanto las ventanas estaban tal y como se encuentran ahora. ¿Por qué?

Me puse en pie vacilando y ella me imitó alarmada. Vi cómo su falda, ahora de amplio vuelo se le enrollaba a la cintura, pero ella no hizo caso.

—¡Phil! —exclamó.

Sonreí.

Después de sonreír pregunté:

—¿Dónde quedó el cadáver de Murray?

Sus blancos y casi desnudos hombros se estremecieron ante mi pregunta. Después se acercó a una mesita y señaló el suelo.

—Aquí mismo —dijo—. Pero ¿por qué no dejamos esto y hablamos de lo que le ha ocurrido esta noche?

Sí, tal vez aquello fuera lo mejor. Esto lo pensé, pero yo ya había hecho unos rápidos cálculos mentales. Contando con que ella no me estuviera mintiendo, si el cadáver del chantajista había caído donde Pamela señalaba, desde luego, alguien había podido meterle un plomo en la cabeza desde los árboles, posiblemente ayudado por una automática de gran calibre...

Un «Colt» del 45, por ejemplo.

—¿No responde, Phil?

Ahora fui yo el que me estremecí ante su pregunta, e intenté sonreír alegremente.

—No me ha ocurrido nada. Posiblemente sorprendía un ladrón y me golpeó antes de que yo me diera cuenta de ello, Pamela.

No replicó al pronto. Se sentó en el diván. Mostró sus marfileños

dientecillos en una amplia sonrisa y me di cuenta de que el miedo que sentía iba desapareciendo de ella rápidamente.

—Phil —llamó al momento—, ande, siéntese a mí lado. Eso, siempre que lo desee.

¡Vaya preguntitas que tenía la niña!

Obedecí parsimoniosamente para que no se diera cuenta de lo que estaba pensando y fui a hacerlo muy cerca de ella.

A sus palabras siguió un largo silencio durante el cual Pamela no me perdió de vista un solo segundo.

Después se me acercó lentamente, y fue ella misma la que con su brazo prendió mi cintura.

Elevó el rostro hacia mí y preguntó para después dejar sus rojos labios entreabiertos frente a los míos.

—¿Por qué ha venido, Phil?

Vacilé, pero sólo fueron segundos.

—Para verla a usted, Pamela —repliqué.

—Sí, es posible —dijo con gesto pensativo—. Pero no lo creo. No creo que sólo sea por el afán de verme, o de besarme —sonrió—. Sé que trata de averiguar si le he mentado. Sé que también quiere saber el motivo por el cual ese cerdo me estaba haciendo chantaje, y te aconsejo que desista de ello, Phil.

No pude por menos de formular una pregunta que ella ya debía esperar:

—¿Por qué, Pamela?

Acercó aún más sus labios a los míos y después de una corta vacilación replicó en un susurro:

—Porque me despreciaría, y yo no quiero que esto suceda, Phil —alargó un poco el maravilloso y elegante cuello de cisne y me besó fugazmente—. Me despreciaría si lo supiera, Phil —añadió—. Por eso no quiero que investigue más sobre este caso que virtualmente está muerto —cerró los ojos y sin mirarme siguió—: Voy a confesarme a usted, aunque sólo sea en parte. Verá; usted me agrada. Me gusta. Por primera vez en veinticinco años me siento pequeña e insignificante ante un hombre. Yo; yo que sólo siento o puedo sentir asco del género masculino sin distinción de razas y clases, pero es la verdad —abrió los ojos y me miró para proseguir en el acto—: Por eso le aconsejo que no busque mi compañía si teme enamorarse de mí. Nunca, entiéndalo bien, podría casarme

con usted, Phil Drew.

Sonreí con suficiencia. Como dando a entender que estaba a la vuelta de muchas cosas.

—Ya lo supongo, Pamela —dije—. Cuestiones de protocolo, como se suele decir en palacio, ¿no? Yo soy un cualquiera y usted una reina cargada de millones. Es eso, ¿verdad?

Antes de que replicara, me di cuenta de que al menos con ella, acababa de equivocarme.

—No sea estúpido, pesquisa —replicó—. Los dólares... ¡Bah! No significan nada para mí. Hace tiempo que aprendí que hay muchas cosas que no se pueden comprar con todos los millones del mundo. El afecto sincero, el cariño desinteresado, el amor entre hombre y mujer sin interés de ninguna clase, y muchas cosas más. Se ha equivocado, Phil, y lo lamento. Simplemente le he dicho la verdad de lo que siento. Si usted llegara a enamorarse de mí, después me despreciaría. ¿Sabe por qué? Porque yo no podría mentirle jamás a mi futuro esposo. Por lo tanto, al hablar, en vez de conseguir atraerlo hacia mí, sólo conseguiría que se alejara y me despreciara al mismo tiempo.

No la comprendía. Tampoco lo intenté. Pamela estaba hablando en crucigrama, y ese moderno rompecabezas siempre ha podido conmigo.

—¿No responde, Phil?

Su pregunta me volvió a la realidad.

Entonces la prendí por los hombros y repliqué con la voz un tanto ronca:

—Sólo hay una respuesta para sus palabras, Pamela. Y que conste que tampoco es debido a sus malditos dólares.

La atraje contra mí y la besé, notando el fuego de sus labios contra los míos.

Al separarse de ellos, alentando murmuró:

—Lo siento, Phil. Pero recuerde que ya le advertí.

Me llevé el vaso de *whisky* a los labios y lo apuré de inmediato mientras pensaba en multitud de cosas diferentes. Después me puse en pie, consultando mi reloj de pulsera.

Las doce y cuarto de la noche.

—¿Se marcha, Phil?

—Es bastante tarde, Pamela —repliqué.

—Puede quedarse si lo desea. Hay habitaciones de sobra.

Lo pensé en unos segundos. No me agradaba la perspectiva, pero estaba recordando a mi amigo el atacante de aquella noche. ¿Y si volvía de nuevo? Pamela estaría completamente sola en la finca.

Me decidí.

—Está bien, Pamela —dije—. Me quedaré.

La rubia sonrió, y media hora más tarde me había preparado una habitación digna de un príncipe y no de un «privado» como yo.

Me acompañó hasta la puerta del dormitorio y nos separamos sin besarnos.

La última sensación que experimenté antes de caer en un profundo sueño, es que alguien estaba haciendo sonar el timbre de la puerta de la calle.

CAPÍTULO V

Alguien llamó a la puerta de la habitación cuando ya el sol penetraba a raudales por la abierta ventana.

Me puse en pie, tomé uno de los batines que Pamela me proporcionó y la abrí dándome de manos a boca con una doncella que hasta aquel momento no había visto.

—Buenos días, míster Drew —dijo con una sonrisa—. *Miss Brow* le espera dentro de media hora en el comedor.

Di las gracias y me apresuré a presentarme junto a ella. Desayunamos en silencio servidos por un mayordomo, y fue al terminar, al ir a despedirme, cuando Pamela dijo:

—Tengo aquí a papá. Le trajeron anoche a poco de acostarnos, Phil. Ha sufrido una recaída y temo lo peor.

Murmuré unas vacuas frases de condolencia y salí a la calle.

Deambulé de un lado para otro durante buena parte de la mañana y después me encaminé a la oficina.

Al, preguntar a mi secretaria de importación, si había alguna novedad me replicó:

—Fisher ha telefonado, Phil. Dice que no hay novedad. Que la rubia sigue en su casa.

Adiviné en sus ojos la curiosidad que sentía, pero no fui explícito en modo alguno. Me zafé de sus preguntas yendo a mi despacho privado donde me senté en espera de noticias.

Llegó el mediodía sin que Fisher diera señales de vida y entonces lo abandoné, llevando a Helen del brazo hacia el cercano restaurante donde comimos.

Después la dejé de nuevo en la oficina, me coloqué frente al volante del «Cadillac» y conduje hasta mi apartamento. Tardé unas dos horas y media en preparar lo que deseaba y de nuevo en el

coche, me encaminé ahora al puerto.

Con el paquete bajo el brazo alquilé una canoa a motor y puse proa a alta mar.

Cuando apenas si había recorrido cinco o seis millas mar adentro di un viraje y conduje hacia la sinuosa costa, que seguí a todo lo largo hasta el lugar dónde la rubia Pamela había despeñado el coche.

Entonces paré el motor...

Por encima de mi cabeza, cortado a pico, pude ver difusamente el trozo de alambrada que señalaba la curva. Hice un cálculo mental y me desvestí. Unos segundos más tarde, ataviado con un equipo de hombre rana, me lancé a las profundidades.

Tuve que repetir el intento varias veces, ya que allí, las olas eran demasiado fuertes, formando remolinos que amenazaban arrastrarme de inmediato. Hasta que por fin, a la cuarta vez, pude ver el convertible. Nadé hasta él y lo recorrí de un extremo a otro.

Pamela dijo que el muerto estaba dentro del portaequipajes.

Pisé fondo y me acerqué tanteando alrededor... Como suponía estaba cerrado con llave, pero no era esto lo que me había llevado allí. Era el convencimiento en que había algo de extraño en todo aquello, y que quería averiguar el qué.

Alguien me había golpeado cuando iba a examinar el garaje de Pamela Brow. Alguien que tal vez vigilaba a la muchacha desde hacía tiempo, o desde aquel mismo día. ¿Quién?

No tenía ni la más mínima idea. Por otra parte, había perdido lamentablemente el tiempo. Estaba casi seguro que aquél era el mismo coche que Pamela había lanzado al agua desde al acantilado, pero no podría afirmarlo por dos razones.

Cuando pasé por su lado, aquella noche, lo hice tan deprisa que no pude ver bien cuáles eran las principales características del convertible. Ahora, el convertible estaba convertido casi en un montón de chatarra.

Inservible por completo, y nada se podía examinar en él, y mucho menos en aquellas condiciones. Bajo el agua.

Tomé impulso para salir a la superficie y nadé de nuevo en dirección a la canoa automóvil. Trepé a ella sin sentirme satisfecho en modo alguno. A no ser...

En fin, ahora tenía la completa seguridad de que el convertible,

aunque casi destrozado por la caída y la acción demoledora del agua, estaba allí.

Ponía la proa hacia San Francisco cuando me sorprendía de aquella idea. ¿Por qué me la había formulado ni mente?

Todavía seguía formulándome aquella pregunta cuando alcancé la oficina.

Helen me salió al paso.

—Tengo un recado para usted, Phil. Apuesto que le gusta.

—¿Qué es ello? —pregunté.

—Adivínelo, tío listo —replicó sin perder la sonrisa.

—Me doy por vencido —dije—. ¿Por qué no es usted una buena chica y me lo dice, Helen?

Sonrió y me guiñó un ojo con picardía.

—Una mujer llamada Pamela ha telefoneado diciendo que desea hablar con usted tan pronto llegue.

—Gracias, pequeña.

Pellizqué su barbilla y la besé suavemente en los labios. Correspondió como ella sabía hacerlo y la dejé para encaminarme al interior de mi oficina.

Atravesaba la puerta cuando el timbre del teléfono volvió a sonar. Descolgué el auricular y casi en el acto oí la voz agradable y educada de Pamela Brow.

—¿Míster Drew...?

—Yo mismo, Pamela —repliqué—. ¿Hay algo de nuevo?

Rió brevemente.

—No, querido —replicó después—. Nada de eso. Si le he llamado ha sido para decirle que tengo la noche libre. ¿Por qué no viene a recogerme y nos vamos un rato por ahí? Ande, decídase y venga a recogerme. Sea buen chico, Phil.

Vacilé.

¿Una asesina?

Me encogí de hombros. Fuera lo que fuera, sólo había una cosa cierta para mí; que aquella millonaria era una mujer estupenda, y que me gustaba más que ninguna.

—De acuerdo —dije—. ¿A qué hora voy a recogerla?

Oí claramente su risa un tanto alegre y después vino su réplica.

—Le espero a partir de este momento. Mientras viene, terminaré de arreglarme. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, tesoro —repliqué.

Colgué acto seguido y me quedé en el centro del despacho, mirando fijamente el auricular.

Después salí a la calle no sin antes haberme despedido cariñosamente de Helen, a la cual deseé entre otras cosas que tuviera aquella noche unos sueños agradables.

Conduje hasta mi apartamento donde me duché, me afeité y cambié de ropa. Cuando de nuevo salí a la calle estaba hecho todo un brazo de mar, pero a pesar de ello, bajo mi axila izquierda reposaba la automática «Lugger» de gran calibre.

Porque aún en contra de mí voluntad, no podía dejar de pensar que Pamela Brow había lanzado al agua un coche con un cadáver, y que aparte de ella, yo era la única persona que lo sabía.

¿Una trampa entre sonrisas y besos?

No lo sabía.

Y seguía sin saberlo cuando la misma doncella que me despertó por la mañana salió a abrirme la puerta.

—Buenas noches, míster Drew —saludó—. ¿Quiere pasar?

Saludé a mi vez con una sonrisa y penetré en el interior siguiéndola a ella, admirando que una simple doncella estuviera tan bien formada como aquélla, y que tuviera tan pícaro movimiento de caderas al andar. ¿Es que como mi secretaria también era de importación?

La doncella me condujo a la coquetona y elegante salita de estar.

—Siéntese, míster Drew —dijo encarándome—. *Miss Brow* no tardará en bajar. Entre tanto, si desea algo de beber, pídamelo.

Lo hice así. La doncella me sirvió un «Manhattan» y después me dejó solo.

Bebí a pequeños sorbos pensando en Pamela, en cadáveres encerrados en los portaequipajes de los coches, en el mar, y los asquerosos chantajistas.

Pero sobre todo, en el secreto que tan celosamente guardaba Pamela.

En este punto de mis pensamientos me interrumpí, cuando una puerta de las situadas al fondo se abrió para dejar paso a aquella belleza sin igual.

Me puse en pie.

Merecía la pena hacerlo. Merecía la pena mirarla, con su

sencillo, pero elegante vestido de nylon, de falda con amplio vuelo, unas hermosas rodillas y las medias con las costuras rectas hasta lo inverosímil.

Pamela vino a mí con la sonrisa en los labios.

Me tendió las manos, que tomé entre las mías.

—Gracias por haber venido, Phil —dijo.

Solté sus manos y la prendí por la barbilla. Me incliné sobre ella y la besé en los labios. Suavemente. Contestó del mismo modo y después me miró pícaramente.

—Se toma muchas libertades conmigo, pesquisa, y eso no está bien.

Sonreí a mi vez.

—¿Por qué no, Pamela? Usted es una mujer muy hermosa, y soltera por añadidura.

Su rostro se nubló, y después dijo un tanto secamente, cosa que me sorprendió:

—¿Nos vamos, Phil?

Salimos prendiéndome ella del brazo, a pesar de la sequedad de sus anteriores palabras, cosa que, me desconcertó.

Cenamos en un caro restaurante de la Séptima Avenida y luego fuimos a un club nocturno en Park Presidio Drive, donde estuvimos bailando hasta las tres de la mañana.

Salimos de allí con ánimo de irnos a dormir, y al entrar en el «Cadillac» fue cuando vi aquella nota, prendida con un alfiler en el respaldo del asiento.

La desprendí de él ante la mirada curiosa de Pamela y empecé a leer. Era muy corta, pero expresiva en grado sumo.

«Apártese de Pamela Brow, pesquisa. Le va en ello la vida. Ésta es la primera y última advertencia».

Como cosa completamente lógica, no había firma.

Doblé el papel parsimoniosamente y me lo guardé en el bolsillo sin dar la más ligera explicación a Pamela, que arrellenada contra el respaldo del asiento no me perdía un segundo de vista.

Di el encendido, embragué, pisé lentamente el acelerador y el «Cadillac» empezó a apartarse suavemente del bordillo.

Fue al alcanzar el centro de la calle cuando Pamela preguntó:

—¿Qué era esa nota, Phil?

Sonreí.

—De un admirador suyo, Pamela —dije.

—¿Cómo? —exclamó extrañada.

—Sí. Es verdad. ¿Qué de extraño ve en eso, Pamela?

—No, nada. ¿Qué decía?

—Simplemente que me apartara de su camino. Que usted no merece ser seducida por un tipo como yo. Que si lo hago, me meterá un balazo en la cabeza. No hay firma.

Durante unos segundos noté sus ojos fijos en mi rostro que sólo veía de perfil y después replicó con una extraña entonación de voz:

—Es usted un payaso, Phil.

—Gracias, tesoro. Lamento no poder decir lo mismo de usted. Lo único que se me ocurre en estos momentos es decir que la encuentro muy hermosa. Mucho más hermosa cada vez y que...

—¿Quiere no hacer más el tonto y decirme de una vez lo que dice esa nota?

—¡Pero si ya se lo he dicho!

—De acuerdo, Phil —replicó secamente—. Y gracias.

—A usted, ricura.

No replicó, por lo que continuamos el viaje en silencio.

Aparqué frente a la puerta enrejada de la quinta y la prendí por los hombros dispuesto a besarla, pero Pamela se zafó de mi abrazo, abrió la portezuela y saltó al suelo.

—No, Phil —dijo mientras se apeaba del coche—. Ahora no... Aquí no.

Se alejó rápidamente dejándome profundamente pensativo, y entonces emprendí el regreso a mi apartamento.

No volví a ver a la rubia Pamela hasta una semana después, y cuando la vi no estaba sola.

Entonces, a partir de aquel mismo momento, los acontecimientos empezaron a precipitarse de una manera endiablada.

CAPÍTULO VI

Todo empezó a las ocho de la noche de aquel día, cuando el timbre del teléfono de mi despacho empezó a sonar de manera estridente.

Levanté el auricular mientras apartaba a Helen de mí lado, cosa que lamenté sinceramente.

Al punto oí la voz de Fisher.

—Phil, ¿eres tú?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—La rubia ha salido de casa.

—Y bien —dije en tono irritado—. ¿Qué ocurre? ¿La has perdido de vista?

Hubo unos segundos de pausa y después Fisher habló:

—Nada de eso. La he seguido hasta aquí.

—¿Dónde es ahí? —pregunté a punto de perder la paciencia.

—Pamela Brow se encuentra ahora en el interior del «Panamá». Y no está sola.

Reprimí un respingo.

—¡Cuernos! —exclamé sin poderlo evitar—. ¿Qué diablos hace una chica como ésa en un sitio así?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella, Phil.

No repliqué al pronto. Pensaba.

—¿Conoces al tipo?

—¡Claro! Se trata nada menos que de John Mulligan. Le conoces también, ¿no?

Le conocía de oídas. Eso era todo. Mulligan era mi «gángster» de alto vuelo. Traficaba en muchas cosas y ninguna buena. También era el dueño del «Panamá».

Una especie de club nocturno de mala nota.

—¿Qué hace la pareja, Fisher?

—Están sentados a una mesa situada al fondo. Muy juntos y hablando. ¿Qué hago?

—Seguir ahí —dije adoptando una súbita decisión—. Seguir ahí hasta que yo llegue. Cuando me veas entrar, lárgate. A partir de ese momento el asunto lo llevo yo.

—De acuerdo, Phil. Tú mandas.

Colgué, tomé el sombrero del perchero, me lo encasqueté y salí a la calle como una flecha, sin lanzar una sola mirada a la beldad que era mi secretaria.

Estoy seguro de que se asombró de ello.

Conduje el «Cadillac» a toda la velocidad que me permitía el tráfico y las leyes sobre el mismo hacia Market Street, y de allí al mismo centro de «Chinatown».

El sucio, pestilente y canallesco barrio chino de San Francisco.

Aparqué frente al «Panamá», en la playa de estacionamiento, y miré en torno. Casi en el acto me llamó la atención el enorme «Pontiac», pintado en negro, y estacionado a pocas yardas de donde yo había dejado el mío.

Me acerqué con ánimo de leer la patente.

No me equivoqué. El coche era propiedad del cerdo aquel. Mulligan sabía vivir bien gracias a sus sucios negocios.

¿Qué diablos tenía que ver mi rubia Pamela con él o viceversa?

Entré en el «Panamá» y al punto me vi envuelto en la densa nube de humo de los cigarrillos, en el pestilente olor a sudor y licores baratos, y en un mar de caras pintadas, de mujeres de aspecto inequívoco y de hombres aún peores que ellas.

Vi a Fisher sentado ante la barra, con cara de aburrimiento, teniendo frente a él un vaso de infame *whisky* que no había tocado ni tocó, ya que apenas si fijó sus ojos en mí se puso en pie, dejó una moneda junto al vaso y se alejó no sin antes hacerme una seña disimulada hacia el fondo del local.

Pedí *whisky* al tipo malcarado que había detrás del sucio mostrador y después, ya con el vaso en la mano (vaso que no pensaba beber ni mucho menos), miré en torno.

Tardé muy poco en descubrir a la pareja, sentados frente a frente, en un apartado y discreto rincón, y fijé mis ojos en Pamela.

Toda la alegría que había habido en ella durante aquellos

últimos días desde que hizo desaparecer el cadáver del chantajista Murray, había desaparecido de su rostro.

Su expresión era tan patética como cuando yo la conocí, o tal vez más.

Sus enguantadas manos estrujaban el bolso de rafia roja de una forma que hacía presumir que deseaba destruirlo cuanto antes. Sus maravillosas pupilas estaban empañadas con un brillo de lágrimas, y había un cerco morado en torno a sus bellos ojos.

Sentí piedad por ella.

Sentí piedad por una mujer que tal vez fuera una asesina.

Cierto que llevaba razón al matar a un tipo de la catadura moral de Murray, si es que me había dicho la verdad respecto a que éste la hacía chantaje desde tiempo atrás, pero cierto también que para esto está la policía y nuestras leyes.

¿Temor al escándalo? ¡Bah!

Esto era lo que pensaba mientras la miraba, hasta que sorprendido me di cuenta de que yo lo sabía todo, y tampoco había acudido a la policía. Por lo tanto, también tenía que callar.

Y me sorprendí aún más al preguntarme el por qué no lo había hecho.

De todo esto, sólo pude poner una cosa en claro; que no lo haría jamás, a menos que sucediera algo tan gordo que aún en contra de mí voluntad me obligara a hacerlo.

Minutos después, y como la pareja no se movía, a no ser las manos de Pamela que continuaba intentando destruir el bolso, y los labios gruesos y sensuales de John Mulligan que la miraba con una sonrisa que me produjo verdadero asco, dejé el vaso sobre el mostrador junto a una moneda, y me encaminé a la calle dispuesto a no perder de vista, cuando saliera, a aquel tipo, pasando frente a una pelirroja que no estaba del todo mal y que me hizo un guiño insinuante.

Crucé la calle y me acerqué al «Pontiac».

Junto a él miré en torno. No había nadie a la vista. Entonces alargué la mano y tomé la manija de la portezuela. La hice girar, suspirando con alivio al ver que no estaba cerrada con llave.

Deseaba mirar en el interior del automóvil por si había algo que me orientara sobre lo que Mulligan estaba haciendo.

Introduje la mano en los bolsillos de las portezuelas, pero no

encontré nada. Por lo menos nada que me diera ni la más ligera idea del negocio que el «gángster» tenía con una mujer tan fina y elegante como Pamela Brow.

Decepcionado fui a salir, cuando tuve la intuición de que algo me iba a ocurrir en aquel momento.

Y todo fue debido a un leve rumor que oí a mí espalda. Me hice a un lado ladeando también la cabeza al tiempo que me volvía.

Fue a tiempo. Un brazo, armado con una pesada automática, cogida por el cañón, se abatió contra mí, pero no me alcanzó, al menos en la cabeza, que era donde mi agresor quería darme.

Me golpeó en el hombro y lancé un rugido de furor. Alargué la mano para atenzarle por la muñeca, pero el tipo aquel, cuya cara no había visto, me golpeó detrás de la oreja con el canto de la mano izquierda.

Hundí el rostro en el tapizado del coche mientras un agudo dolor amenazaba con hacerme estallar la cabeza en mil pedazos.

Durante unos segundos estuve luchando por no perder el sentido. Segundos en los que el tipo pudo haberme liquidado con absoluta impunidad, pero sin saber por qué no lo hizo.

Huyó corriendo en el mismo momento en que aturcido aún me levantaba. Miré, y pude ver su figura, borrosa a la luz incierta de la deficiente iluminación callejera, doblar la esquina siguiente.

Tambaleándome fui detrás olvidado de Mulligan y de Pamela. Olvidado de los motivos por los cuales yo me encontraba en pleno corazón del Chinatown.

Siempre detrás, y sin lograr alcanzarle, llegamos, a un estrecho y maloliente callejón, completamente a oscuras y lleno de desperdicios y basuras.

Me pegué a la pared. Aquel individuo, armado y en la oscuridad, me causaba un razonable respeto.

Escuché tenso como un manojo de cuerdas de guitarra, y con la «Lugger» en la mano.

Frente a mí, a menos de una docena de yardas me pareció oír una contenida respiración. Contuve la mía; del todo y avancé un paso. Luego otro y otro más.

Al ir a dar el cuarto mi pie tropezó con un bote de lata. Fue un ruido tenue, pero que allí, en aquel oscuro y silencioso callejón sonó como un disparo.

Sonó así, pero no lo era.

Lo que sí lo fue, la contestación que mi desconocido amigo me dio en el acto.

Como brotado de la pared vi el lengüetazo de fuego y en el acto el plomo vino a aplastarse por encima de mí cabeza haciendo saltar el estuco acompañado de la explosión del disparo.

Apunté con la «Lugger», pero no llegué a apretar el gatillo. El individuo aquel huyó de nuevo dándome la espalda.

Estoy seguro de que pude haberle matado, pero no lo hice. Siempre me repugnó todo aquel que mata de este modo, por lo que opté por correr de nuevo detrás de él.

A ciegas.

Completamente a ciegas, ya que no veía ni dónde ponía los pies.

De pronto los pasos que sonaban por delante de mí dejaron de oírse. Casi en el acto brillaron dos fogonazos más.

Oí claramente el silbido del plomo y salté hacia el amparo de lo que me pareció un portal, y llegué a él. Pero fue de cabeza, ya que tropecé con un cubo de basura, cuya tapa, que hice saltar debido al tropezón, formó en la calle un estruendo de mil diablos mientras que yo daba con todos mis queridos huesos en el suelo.

Maldije secamente hasta que logré ponerme en pie.

Entonces guardé la automática, sabiendo de antemano que todo intento por perseguir a mi estimado agresor sería en vano. Con mi caída, había tenido tiempo más que sobrado para desaparecer de allí.

Lentamente, rumiando mi fracaso, retrocedí hacia el lugar donde tenía estacionado el «Cadillac».

Una vez junto a él, me di cuenta de que el «Pontiac» de Mulligan había desaparecido de allí.

No entré en el «Panamá», consciente de que Pamela tampoco estaría allí. Maldiciendo mi fracaso de aquella noche empuñé el volante y hora y media más tarde me encontraba en mi apartamento, tumbado en la cama, completamente despierto, y con el pensamiento puesto en los sucesos ocurridos a partir del momento en que tuve la malhadada idea de recoger a una rubia en la carretera.

CAPÍTULO VII

Aquella llamada no me sorprendió. La estaba esperando desde hacía horas. La estuve esperando desde la noche anterior, y finalmente, en mi apartamento, durante la noche de marras.

Pero no llegó hasta las diez de la mañana del día siguiente.

Helen fue la que dejó aparecer su hermosa cabeza, con todo lo demás, por el hueco de la puerta y espetó:

—Phil, *miss* Pamela Brow está al otro lado del hilo. Está excitada, cariño.

Le hice un guiño y dije:

—Pásamela aquí, ¿quieres?

—Claro, jefe. Lo que usted mande.

Desapareció, y casi en el acto sonó el timbre de mí teléfono.

—¿Phil Drew?

—Hola, Pamela —contesté—. ¿Qué ocurre?

—¡Oh! ¡Es algo espantoso, Phil! ¿Puede venir ahora mismo? Tengo que hablar con usted.

Verdaderamente estaba excitada, y mucho.

También tenía miedo. Estaba, a juzgar por el tono de su voz, mucho más asustada que cuando yo la encontré en la carretera.

—De acuerdo, Pamela —repliqué—. Iré, ahora mismo. Y diga, ¿no puede adelantarme nada por teléfono?

—No, Phil. No puedo. No es conveniente en modo alguno.

—Bien. ¿Dónde está usted?

—En las oficinas de la empresa. Venga ahora mismo, Phil. Le estaré esperando.

—De acuerdo, tesoro. Ahora mismo estoy con usted.

Dio las gracias y colgó.

Unos segundos más tarde me abría paso por entre el tráfico

siempre intenso de las amplias avenidas hacia Lincoln Way, donde los Brow tenían la sede principal de su feudo.

Un brillante y uniformado portero me condujo hasta el ascensor donde un no menos uniformado ascensorista me llevó hasta el séptimo piso.

Desde allí extendió el brazo y dijo señalando hacia el final del ancho y lujoso pasillo:

—La cuarta puerta a la derecha, míster.

Avancé decidido, toqué con los nudillos y abrí. Un enorme salón de recepción, unas cuantas hermosas muchachas trabajando sentadas en varias mesas, y una no menos hermosa mujer, que vino a mí encuentro apenas me vio.

La encaré decidido y dije apenas sin saludar:

—Mi nombre es Phil Drew, preciosa. *Miss* Brow me está esperando.

—Un momento, por favor —dijo— ella.

Consultó un bloc en el cual tenía varias anotaciones, y añadió sin mirarme:

—Sí. *Miss* Brow le telefoneó hace un rato. Aquí está anotado —señaló con discreto gesto hacia una enorme puerta situada al fondo.

—Por allí si me hace el favor.

La seguí hasta la misma puerta. Ella se detuvo, la miré deteniéndome a mí vez y dijo:

—Puede pasar, míster Drew.

Di las gracias y empujé la puerta.

Un lujoso despacho, y un hombre joven, con lentes, detrás de una magnífica mesa atestada de papeles.

No se levantó al verme.

Señalando hacia otra puerta situada en un ángulo, al fondo, dijo:

—Soy el secretario de *miss* Brow. Puede pasar cuando guste. *Miss* Brow ya ha recibido aviso de que usted está aquí y le espera.

Di las gracias, atravesé el despacho, empujé otra puerta y me vi en otro despacho, tan lujoso y elegante como aquél, detrás de cuya mesa, situada al fondo del mismo, frente a la puerta, estaba Pamela.

Pamela, que se levantó al verme entrar. Pamela, que rodeó la mesa y corrió hacia mí.

Me sorprendió su arrebató ya que cuando llegó a mí lado, se empinó sobre la puntera de sus zapatos de alto tacón, me rodeó el

cuello con los brazos y después me besó hasta hacerme perder el aliento.

Cuando se separó de mí para ir a sentarse detrás de la mesa, no quise mirar su agitado seno.

Entonces me sorprendió de nuevo cuando dijo tuteándome:

—Siéntate, Phil. Deseo hablar contigo.

Lo hice sin dejar de mirarla. Estaba asustada hasta más no poder. Eso era todo.

Todo no. También estaba nerviosa.

—Bien, ¿qué es ello, querida?

Sonrió tristemente.

—¡Phil! —exclamó—. Todo se ha perdido. Se ha descubierto todo. Se ha descubierto todo y estoy muy asustada. Tengo miedo, un miedo terrible, y lo que es peor, no puedo hacer nada para remediarlo. Nadie puede hacer nada, querido.

La miré, saqué el paquete de cigarrillos y le ofrecí uno. Después de encenderlo repliqué:

—¿Por qué no me lo cuentas todo y vemos si podemos hacer algo entre los dos?

—Por eso te he llamado.

—Habla entonces, ¿quieres?

—Sí, a eso voy —se retorció las manos nerviosamente y añadió—: Anoche estuve en Chinatown. En club de mala fama. En el «Panamá». John Mulligan, su dueño, me llamó ayer por la mañana. Dijo que quería hablar conmigo de un asunto interesante.

Me negué, pero insistió de tal modo que no tuve más remedio que acceder. Por eso fui a verle anoche —se estremeció durante unos segundos y después siguió hablando—: Cuando empezó a hablar comprendí que todo se había perdido. Que esto de ahora era mucho peor de lo ocurrido anteriormente. ¿Qué puedo hacer, Phil? —Y ella misma se dio la respuesta mucho antes de que yo lograra intervenir—. Nada, querido. No puedo hacer nada.

Me miró fijamente desde el otro lado de la mesa y la expresión de sus ojos y semblante fue más patética que nunca.

Mientras seguía mirándome pregunté:

—¿Qué quería de ti ese cerdo, Pamela?

—Cincuenta mil dólares, Phil. Y lo que es peor, los quiere dentro de una semana, y que yo no tengo más remedio que pagar. No

puedo hacer otra cosa.

Di un respingo más que regular y seguí preguntando:

—¿Qué puede venderte por cincuenta de los grandes?

—Esto, querido.

Nerviosamente abrió el cajón central de la mesa despacio y sacó, un largo y abultado sobre.

Me lo lanzó y lo tomé al vuelo.

Unos segundos después, la sangre se me heló en las venas.

Eran unas cuantas fotografías.

La primera representaba la fachada de la quinta donde ella vivía, y la figura inconfundible de un hombre, cuyo rostro se veía claramente.

La segunda representaba a este mismo hombre, muerto, arrastrado por Pamela, y la cuarta, Pamela misma introduciéndolo en el portaequipajes de un coche cuya matrícula destacaba nítidamente en la cartulina.

Había una quinta, y ésta era aún peor. Era una fotografía submarina, del sedán convertible. Del misma sedán que yo había visto bajo las aguas, casi destrozado.

No se trataba de un aficionado.

El que había hecho las fotografías sabía cómo debía hacerlo. Era un experto. Un profesional.

—¿Cómo tiene esto en su poder, Pamela?

—No lo sé. No me lo dijo. Simplemente me dio a entender que tenía los negativos y que éstos valían para mí cincuenta mil dólares que debía entregarle en el plazo de una semana. Dio a entender, también que si no lo hacía, enviaría los negativos a la policía.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya te lo he dicho. Pagar. ¿Qué otra cosa si no?

Pensé rápidamente.

—Una semana tiene algunos días en los que yo pueda moverme de un lado para otro, querida. Por lo tanto, ve reuniendo esos dólares por si fracaso en mi empeño para hacerme con esos negativos. Porque debes tener en cuenta una cosa, Pamela. Si pagas ahora, ese tipo, no se parará ahí. Esos negativos no los conseguirás nunca. John Mulligan seguirá pidiendo cada vez más hasta que te exprima todo el jugo. Hasta que te exprima como un limón. En fin, no te desespere que como ya te he dicho, voy a tratar de averiguar

dónde tiene esos negativos.

—Si los consigues, él irá a la policía. Dirá dónde está el sedán, lo sacarán del agua y aparecerá el cadáver de Murray. Eso será el fin.

—No tanto, porque le mataré antes. Tienes mi palabra, Pamela, y yo siempre he cumplido mis promesas. Ahora, Pamela, atiende bien porque voy a formularte algunas preguntas, preguntas que deseo contestes con la verdad. Si no lo haces, temo que no podré ayudarte en nada.

Al punto se puso en guardia y adiviné por qué.

Ella temía que le preguntara por lo anterior, por el chantaje que Murray la hacía víctima.

Pero no fue eso lo que pregunté, por el momento.

—Dijiste en cierta ocasión que tú no eras sola la heredera de esta firma. ¿Es algún familiar tuyo el que hereda conjuntamente contigo, Pamela?

La pregunta, como ya esperaba, la sorprendió.

—Sí —replicó con voz queda—. Se trata de mí prima Ruth. Una buena y hermosa chica cuando no andan los hombres alrededor suyo.

—¿Soltera? Anda, hálame de ella.

Abrió mucho los ojos. Me miró fijamente durante dos largos minutos y después preguntó:

—¿Qué intentas, pesquisa? ¿No irás a creer que...?

—Escucha, Pamela —atajó fríamente—; estoy tratando simplemente de atar cabos. No existe duda alguna de que alguien estaba enterado de que un hombre te hacía chantaje por algo que éste sabía de ti. Ese alguien te ha estado vigilando durante mucho tiempo. Es casi seguro de que no sepa nada del antiguo motivo, pero sospecha que éste tiene que ser gordo. Tanto como para seguir pagando toda la vida para conservar el secreto, o como para cometer un asesinato por él. Si tú no mataste a Murray, tal como has dicho, tan sólo cabe pensar una cosa, que esas fotografías prueban completamente. Alguien te ahorró la molestia, sabiendo que al matarlo dentro de tu casa tú te arriesgarías a hacer desaparecer el cadáver, ya que de llamar a la policía te pondrías en tal evidencia que más tarde o más temprano ésta averiguaría tu secreto, llevándote de cabeza a algo que tú querías evitar, a toda costa: el escándalo. Tú, asustada, nerviosa, hiciste lo que ese

alguien deseaba. Por eso, y ya de antemano, pensando como te digo, colocó a un hombre para que te vigilara día y noche. Fue el mismo hombre que sacó esas fotografías tan comprometedoras para ti. ¿Quién? ¿John Mulligan o alguien más? No le sé con seguridad y por eso te pregunto a ti. Ciertamente que Mulligan es el que se ha entrevistado contigo, el que ha dado la cara, pero ¿es él en realidad, o le manda alguien con más inteligencia? ¿Quieres responderme ahora, tesoro?

Se levantó, rodeó la mesa y en el acto la tuve a mi lado rodeándome de nuevo el cuello con los brazos. Cuando terminó con el abrazo y el beso me miró a los ojos y entonces hizo una sorprendente pregunta:

—¿Estás enamorado de mí, Phil?

Me tomó tan de sorpresa que por unos instantes no supe qué contestar. Después lo hice diciendo la verdad:

—Confieso que no lo sé con seguridad, Pamela. ¿Por qué?

—Porque lo sentiría que así fuera. Yo... Yo casi estoy segura de estarlo de ti, si no creo, que ni te hubiera llamado ni te hubiera besado otra vez. ¡Phil! Debes apartarte de mí. Nunca podré casarme contigo, y no te miento si te digo que no es por mi dinero. Esto no influye para nada.

—¿Entonces qué es ello, Pamela?

—No puedo decírtelo.

—De acuerdo. Pero ten en cuenta de que tú estás en la misma situación que yo, contando, claro es, de que estés verdaderamente enamorada de mí.

—No es lo mismo, Phil —dijo ante mi estupor—. Mi sufrimiento al ver que no puedo, que no debo casarme contigo, es sólo una compensación, un pago más bien, por algo que hice una vez. Y ahora, ¿no crees que nos estamos desviando de la verdadera cuestión de todo? Anda, pregunta, que te contestaré con la verdad.

Acto seguido vino a sentarse sobre la alfombra, a mis pies, extendiendo delante de mis ojos sus largas y magníficas piernas, desnudas, ya que aquella mañana había prescindido de las medias.

Levantó sus ojos hacia mí.

—¿Qué deseas saber de mi prima Ruth?

Saqué el paquete de tabaco y volví a ofrecerle un cigarrillo, que aceptó de inmediato.

Me incliné sobre ella para que lo encendiera y mis ojos se recrearon un tanto en su atrevido escote en forma de «V».

CAPÍTULO VIII

—Creo que lo último y lo primero que te pregunté referente a ella era si era soltera, ¿no?

—Es casada, Phil. Casada, ligera de cascos, y muy hermosa. Se llama Ruth Burton Brow y es prima segunda mía.

—Su marido, ¿es también empleado de esta firma?

Ella sonrió aunque en el fondo de sus maravillosas pupilas seguía brillando el miedo.

—No, querido. A papá nunca le gustó Paul Marlin. Es corredor de fincas y corredor de otras cuantas cosas más. Se pasa la vida yendo de un lado a otro, con lo que la mayoría del tiempo Ruth está sola.

—Y claro, ella busca compañía, ¿no?

—Sí, algunas veces —hizo una pausa y añadió—: En fin, Phil; veo que no voy a tener más remedio que decirte la verdad. Mira, ambas conocemos a John Mulligan. ¿Comprendes?

Dije que no, que no lo comprendía y ella añadió entonces:

—Conocí a John Mulligan en uno de los clubs nocturnos de San Francisco, hace cuestión de seis o siete meses. John es bastante agradable. Sabe cómo tratar a las mujeres. En fin, tonteamos un poco hasta que me di cuenta de que sólo buscaba mis dólares. Hasta que averigüé qué clase de tipo era. Entonces le mandé a paseo. Ahora... Bueno, ahora se venga de mí, y lo que es peor, que sale mucho con mi prima. Ruth parece sentirse fascinada por él.

—¿Lo sabe su marido?

—¡No seas imbécil, Phil!

—Bueno, dulzura. Eso no dice nada. Ahora otra cosa, antes deirme. ¿Quién hereda más, tú o tu prima?

—Yo. Heredo las tres cuartas partes de las acciones y, del dinero

y Ruth la otra. ¿Por qué?

—Ni yo mismo lo sé, tesoro.

Era una forma como otra cualquiera de salirme por la tangente.

Me puse en pie y ella me imitó quedando de frente, muy cerca de mí, casi rozándome. Miró su reloj.

—Son casi las doce del día —afirmó—. ¿Por qué no me invitas a comer, Phil? Es decir, si no tienes mucha prisa en deshacerte de mí.

La prendí por el talle y esta vez el beso duró tanto, que creí que ella se ahogaba cuando la solté.

—Eres... Eres un bruto, pero delicioso, Phil —dijo retrocediendo con el rostro arrebolado—. Me arreglo en un minuto.

Desapareció por otra puerta y me dediqué a mirar de nuevo aquellas fotografías; pensando en que un «gángster» llamado Mulligan, sucio, pestilente y amigo de mujeres y de lo ajeno, iba a tener una conversación interesante conmigo, a no tardar.

Pero me equivocaba, aunque yo no lo sabía en aquel momento.

Pamela no tardó en regresar un minuto como dijo, sino veinte. Vino a mi lado y calmó mi impaciencia con un beso. Después su rostro se nubló cuando sus ojos tropezaron con el sobre que contenía las fotografías.

Entonces dije:

—Es menester que las quemes, Pamela. Porque yo, aún sin saber cómo, te juro que encontraré los negativos —se volvió hacia mí para mirarme intensamente y aproveché la ocasión para tomarla por la barbilla obligándola a que me mirara de frente. Entonces pregunté—: Dime la verdad, Pamela, ¿mataste tú a Murray?

No desvió los ojos cuando replicó con sencillez y al parecer sin alterarse por mí pregunta:

—No, Phil. Y estoy diciéndote la verdad.

Puede que estuviera tonto o simplemente subyugado por los encantos de ella. Fuera lo que fuere repliqué, soltándola de la barbilla:

—Te creo, Pamela.

Y en aquel entonces decía la verdad. Después añadí:

—Vámonos. Pero antes, quiero que me des las señas de tu prima.

Me miró largamente rozando mi cuerpo con el suyo hermoso en demasía y preguntó:

—¿Vas a ir a verla?

—Tal vez —repliqué evasivo.

Me las dio y salimos a la calle.

Ella condujo el «Cadillac» y media hora más tarde estábamos comiendo, sentados el uno al lado del otro, sin dejar de mirarnos, en el más completo silencio.

Al terminar ambos fumamos, también en silencio, hasta que se me ocurrió una pregunta:

—¿Sabes si el marido de tu prima se encuentra ahora en San Francisco?

Me miró dubitativa y después de pensarla un poco replicó:

—No. Creo que no. ¿Por qué?

—Por nada. Estaba pensando.

No me replicó.

Dos horas más tarde la dejé frente a sus oficinas y entonces me encaminé a mí apartamento. Cambié de ropa y pasé el resto de la tarde, hasta las siete y media, elaborando un plan que pensaba poner en práctica aquella misma noche.

Después lo abandoné, tomé de nuevo el volante y conduje hacia California Street donde según Pamela, Ruth tenía su apartamento.

Aparqué frente al número 2001 y desde el interior del «Cadillac» lancé una ojeada al edificio, completamente nuevo y elegante que tenía frente a mis ojos.

Segundo piso.

Miré las ventanas. Estaban iluminadas. Había cortinas casi transparentes en los cristales lo que no me impidió ver a un hombre y una mujer, muy juntos, difusamente, en el interior de aquella habitación.

En el acto pensé que Ruth Burton tenía visita, y a juzgar por lo que los visillos dejaban ver, bastante agradable por cierto; para ella, se entiende.

Dejé de mirar y escudriñé la calle.

Casi en el acto me fijé en el hombre del impermeable, elegante aún a la distancia en que se encontraba, y cubriéndose la cabeza con un sombrero cuya ala le tapaba toda aquella parte del rostro.

Tenía los ojos fijos en la ventana y me pareció ver que sus manos se crispaban en su espalda.

Miré a mí vez.

El tipo que estaba con Ruth se despedía de ella en aquel

entonces, bastante efusivamente por cierto.

Instintivamente miré al tipo del sombrero y del sobretodo. Estaba retrocediendo hacia la esquina para ocultarse en ella, según adiviné sin equivocarme un ápice en ello.

¿Quién era?

¿Paul Marlín?

Apostaría a que sí, a pesar de que Pamela había dicho que se encontraba en aquellos momentos fuera de San Francisco. Estaba tan seguro de ello como de saber la identidad del hombre que en aquel momento se despedía de Ruth Burton.

No me equivoqué, ya que después de quince minutos de espera, vi la silueta de John Mulligan aparecer en la puerta del elegante edificio.

El «gángster» miró a todos lados y después empezó a andar lentamente hacia la esquina por dónde había desaparecido el que yo creía Paul Marlin.

Antes de llegar a ella pasó un taxi libre y Mulligan se apresuró a tomarlo.

Dejé que se fuera, ya que mi idea por el momento era muy otra. Deseaba hablar primeramente con Ruth Burton antes que con el «gángster». Pero no me precipité. Continué en el interior del «Cadillac» por espacio de más de un cuarto de hora hasta que me convencí de que el marido de la Burton no iba a dejarse caer por allí.

Entonces abandoné el coche. Miré las ventanas. Sólo la del centro estaba iluminada. Tal vez la chica se disponía a acostarse. Tal vez iba a salir.

Crucé la calle rápidamente y me adentré en el amplio y lujoso portal sin lanzar una sola mirada al uniformado portero, que tampoco dijo nada, y estoy por afirmar que ni siquiera se fijó en mí.

Penetré en el ascensor y me hice conducir al tercero. Después avancé por el pasillo hasta que el ascensorista desapareció hacia abajo dentro del cajón mecánico y entonces descendí yo hasta el segundo.

Busqué el apartamento 20, letra M, y escuché con el oído pegado a la madera de la puerta.

Sólo oía una leve música, seguramente surgida de un tocadiscos automático.

Pulsé el zumbador.

La música cesó en el acto, después vino a mis oídos un rápido taconeo y en el acto oí girar la llave en la cerradura.

La puerta se abrió y quedó enmarcada en el umbral la portentosa figura de una mujer.

Una simple y desabrochada blusa, muy escotada, nada más debajo de la misma, un estrecho cinturón que sujetaban unos cortísimos «*shorts*», unas maravillosas y largas piernas desnudas hasta mucho más arriba de medio muslo, y un hermoso rostro con unos inmensos ojos azules.

También había algo más. Toda ella era un «no va más, señores».

—¿Qué desea? Si vende algo, ya lo tengo, amigo.

Sonreí con la mejor de mis sonrisas y alargué un poco el pie dispuesto a introducirlo entre el marco y la puerta, por si la morena intentaba darme con ella en las narices.

CAPÍTULO IX

—¿*Mistress* Marlin? —pregunté—. Deseo hablar con usted si verdaderamente no me equivoco. Y no tengo nada que vender. Por eso no tema.

Arqueó sus finas y elegantes cejas. Después replicó:

—¿Quién es usted? ¿Qué tiene que hablar conmigo?

Sonreí, introduje la mano en mi bolsillo y saqué la cartera para acto seguido mostrarle mi tarjeta de identidad de una forma fugaz, aunque no lo fue tanto para ella, que exclamó en el acto:

—¡Vaya! ¡Un privado! Nunca había visto a ninguno —me miró apartándose lentamente de la puerta—. Creí que sólo existían en las novelas policíacas. Vamos, pase y no se quede ahí.

Entré y cerró con llave a mí espalda.

Unos segundos después me encontraba sentado en el *living* teniéndola en frente y con sus desnudas y bien torneadas piernas extendidas a lo largo.

—Bien, pesquisa —dijo—, ¿no les llaman así? Bueno, ¿qué quiere de mí?

—Información, *mistress* Marlin.

—Ya lo he supuesto. ¿Qué clase de información, y qué tengo que ver con sus actividades profesionales? Confieso que no lo entiendo, míster... ¿Cómo dijo que se llamaba? No acerté a verlo en su tarjeta de identidad.

—Phil Drew —dije—. En cuanto a la información que deseo, se trata de averiguar algo con respecto a su prima Pamela. *Miss* Pamela Brow.

Hizo un gesto indefinido, cruzó las piernas y me miró inquisitiva.

—¿Qué desea saber de Pamela?

—Todo cuanto se refiera a ella. Todo lo que usted pueda recordar, desde que jugaba con muñecas, si es que usted puede recordarlo.

Me miró largamente y se puso en pie. Aquello ya lo esperaba yo. Por lo tanto no me sorprendí cuando dijo ásperamente:

—Mejor que yo le puede informar ella, fisgón. Por lo tanto, ya se está largando. De un momento a otro vendrá mi marido y...

La atajé con una risotada sin moverme del sillón donde me había dejado caer.

—Creo que no tendrá más remedio que hablar, *mistress* Marlin. Eso, si no prefiere que vaya a su marido con cierta historia.

—¿Qué historia es ésa, pesquisa?

Hizo la pregunta al desgaire, pero no tenía nada más que mirarla para comprender que se había puesto en guardia de inmediato. Muy en guardia.

Reí en silencio, y después repliqué a su pregunta. Sé que fui duro, pero en aquel momento no tenía otra opción:

—Tendrá que ser usted quien me cuente todo lo que quiero saber, *mistress* Marlin. Si me miente, ya que palabra por palabra comprobaré su declaración, no tendré más remedio que ir a visitar a su marido y contarle una bonita historia a base de un conocido «gángster» llamado John Mulligan, y cierta dama. Un «gángster» que no hace mucho ha salido de este apartamento.

«Tengo pruebas de estas relaciones, desde hace tiempo —mentí con todo cinismo—. Pruebas de sus visitas, de sus salidas con él, hasta relación de los sitios donde acostumbran a ir y a verse cuando Paul Marlin no está en San Francisco. Todo esto lo pondré delante de la vista de su marido si se niega a hablar, *mistress* Marlin. ¿Qué responde?».

Alentaba.

Sus azules ojos eran ahora dos ascuas sucias cuando los clavó en los míos mientras su altivo y audaz seno, que jugaba suelto bajo la blusa, subía y bajaba a impulsos de su desacompasada respiración.

Al fin replicó en un estallido incontenible:

—¡Es usted un cerdo bastardo, pesquisa! ¡Eso es un sucio chantaje!

Seguí sin moverme mirándola burlón, seguro de mí triunfo sobre ella.

—Piense lo que quiera, hermanita —dije—. Y ahora desembuche, que no puedo perder mucho tiempo.

—¡Así se muera! —replicó consoladoramente. Después vino a sentarse de nuevo frente a mí y añadió—: ¿Qué desea saber, bastardo?

—Ante todo, voy a hacerle una advertencia, nena. Al próximo insulto le romperé la boca de un guantazo. Téngalo en cuenta, Ahora, quiero saber todo lo que se relaciona con su prima Pamela. Empeece. Soy todo oídos.

Abrió la boca, me miró, se mordió los labios, seguramente para reprimir el nuevo insulto que iba a dedicarme y después replicó contándome todo lo que sabía de su prima.

Terminó diciendo:

—Es una mujer muy lista. Tan lista como para haber podido guardar un secreto durante años. Una mujer que ha cursado varios estudios superiores. Tiene algunos diplomas de otras tantas carreras terminadas.

¿Había envidia en su voz, o eran figuraciones mías?

Dejé la pregunta en lo más profundo de mi mente y pregunté:

—¿Qué secreto es ése, *mistress* Marlin?

—¡Y yo qué diablos sé, pesquis! Es algo que sucedió cuando terminó sus estudios en Filadelfia. Estoy segura que fue allí, ya que estuvo más de un año sin mandar noticias, hasta que repentinamente se presentó en San Francisco donde se hizo cargo de la empresa, ya que su padre estaba enfermo. Eso es todo cuanto puedo decirle.

—¿Está segura? Pues yo creo que hay algo más.

—Respecto a Pamela le he dicho todo lo que sabía —replicó con rencor.

—Respecto a Pamela, sí —repliqué a mí vez—. Pero ahora deseo saber todo lo que usted sepa con respecto a John Mulligan, y sobre todo, respecto a su propio marido, *mistress* Marlin.

Se puso en pie de un salto; con los ojos brillantes. Vi su intención de insultarme de nuevo y me levanté a mí vez.

Cerró la boca como un cepo y me miró rabiosa.

—Está bien, usted sigue ganando... por ahora, pesquis.

Empezó a hablar. Cuando media hora más tarde terminó de hacerlo, me encontré con una serie de datos por demás interesantes.

Después, Ruth Burton Brow fue cortés hasta lo inverosímil, ya que me acompañó a la puerta, cosa que no esperaba en modo alguno.

Sólo que al llegar a ella, y una vez que hube salido de ahí, ella me dio la sorpresa al decir a mi espalda mientras que cerraba la puerta suavemente:

—Si vuelve por aquí le mataré, bastardo.

No me volví. ¿Para qué hacerlo?

Seguí hasta el ascensor y la última visión que tuve de la primita de Pamela fue su bata abierta desde la cintura y el desnudo de sus magníficas piernas.

Salí a la calle, la crucé, y entró en el «Cadillac». A la luz del salpicadero encendí un cigarrillo. Miré por la ventanilla de mi derecha.

Después di el arranque y detrás de mí se despegó del bordillo de la acera un largo y negro «Nash».

No hice nada por evitar la persecución, que fue poca. Hasta que encontré a mí paso una cabina telefónica. Aparqué y entró en ella. Disqué varias veces y a sitios distintos antes de dar con mi ayudante.

Fisher estaba en su apartamento y contestó a mi llamada evidentemente malhumorado.

—¿Qué diablos quieres ahora? ¿Es que no se puede dormir?

Sonreí, como si él pudiera verme.

—Arréglate y ve al aeropuerto. Tienes que partir inmediatamente para Filadelfia, Fisher.

Soltó un gemido.

—Oye, Phil —replicó—, tú eres un buen amigo mío a pesar de ser mi jefe, ¿no?

Sin saber dónde quería ir a parar repliqué:

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Oye, tengo aquí a una rubia despampanante. Un verdadero bombón, ¿sabes? No desearás que la deje sola, ¿verdad?

Hice esfuerzos por no soltar la carcajada y contesté:

—¡Lárgala al cuerno cuanto antes y apresúrate, hombre! Tienes que salir esta misma noche. Entiéndelo bien. Una vez allí, busca el lugar donde Pamela Brow terminó sus estudios de no sé qué. Quiero saber qué hizo durante el tiempo que estuvo allí, cuando no

estudiaba. Esto lo más rápidamente posible —hice una pausa y cuando empezó a protestar le atajé—: Dale recuerdos a esa rubia de mi parte, Fisher.

Colgué y fui a la barra. Me bebí un *whisky* sin soda y después de pagar salí a la calle.

El «Nash» seguía allí, y siguió detrás de mi coche.

No hice aprecio aunque sí pasé la «Lugger» del bolsillo de la axila al de la chaqueta, y seguí conduciendo hacia Market Street, donde la Burton me había dicho que Mulligan tenía su apartamento.

Aparqué frente al número 200 y crucé el portal cuya cancela de hierro estaba abierta. Pulsé el automático de la luz de la escalera y entré en el ascensor situado al fondo del portal.

Tres minutos más tarde estaba frente al departamento del «gángster», sabiendo que en la calle, a mí espalda, había algunos tipos, dentro de un «Nash» al parecer bastante interesados en seguir mis pasos de aquella noche, o simplemente buscando una oportunidad para aborardarme...

¿Una oportunidad? ¿Es que no la habían tenido ya y más de una vez en todo aquel trayecto?

Sin saber lo que pensar pulsé el zumbador perteneciente al apartamento del amigo de Ruth.

Repetí la llamada varias veces hasta que me convencí de que el «gángster» no estaba allí.

En aquel instante se apagó la luz. Busqué a tientas el interruptor automático y cuando la luz brilló de nuevo saqué un manojito de ganzúas del bolsillo trasero de mi pantalón.

Abrí la puerta sin trabajo alguno y entré, cerrando mi espalda. Tanteé el marco y di la luz.

Vivía bien Mulligan. Bastante mejor que yo. El tipo tenía dinero. Le sobraba por todos los poros. Fui al *living* y miré en torno. No sabía lo que tenía que buscar ni cómo.

Papeles.

Papeles que me dijeran el motivo por el que un hombre llamado Murray hizo un chantaje a, una mujer llamada Pamela Brow, si es, que éste tenía relación con Mulligan.

Buscaba algo más.

Unos negativos bastante comprometedores. Ciertamente que Pamela no era cliente mío, pero cierto también que ella puso en mi mano

cinco mil dólares, que un día no lejano le devolvería para demostrarle que no todo se compra con dinero.

Cierto también, y en un principio, que nadie me pidió meterme en donde no me importaba, pero yo soy así, y hay que tomarme de este modo o dejarme.

Nada encontré en el *living* y de inmediato pasé a su despacho. Registré la mesa, el fichero, los dos armarios, con el más completo fracaso.

Miré el reloj antes de ir a su dormitorio. Las once de la noche. Tenía tiempo aún de darme una vuelta por el «Panamá», si acababa pronto.

Registré palmo a palmo, con el mismo resultado.

Decepcionado en grado sumo, y con una completa y desagradable sensación de fracaso en mi persona abandoné el apartamento, cerré con llave, tal y como estaba y volví al «Cadillac».

De pasada lancé una mirada furtiva hacia atrás, El «Nash» seguía aparcado, junto al bordillo de la acera, media cuadra más abajo. Aquello ya me estaba cansando.

Conduje lentamente hacia el «Panamá» y entré en él después de dejar aparcado el coche una cuadra más abajo.

Entré y me enfrenté de inmediato con el sucio hombre de cara patibularia que había detrás del no menos sucio mostrador.

—*Whisky* —pedí, procurando por todos los medios reprimir el gesto de repugnancia que me asomaba al rostro.

Por lo menos estaba seguro de que era así.

Con evidente recelo, el hombre me lo sirvió. Después se retiró yendo a situarse al fondo, pegada la espalda contra la estantería.

No era aquello precisamente lo que deseaba. Por lo tanto introduje la mano en el bolsillo del pantalón y la saqué con un billete de cien dólares.

Fui a hacer una seña al tipo aquél, cuando reparé en unos bellos ojos de mujer que me miraban evidentemente interesados, y, ¿por qué no?, esperanzados también.

Me volví a mirarla.

Una pelirroja, joven aún, pero excesivamente pintada. Me sonrió, prometedora y la hice una seña para que se acercara. En el acto se encaramó sobre el taburete que había a mi lado y me sonrió,

sin cuidarse para nada del estado en que quedó su estrecha y cortísima falda.

Tenía las piernas bonitas. ¡Palabra!

CAPÍTULO X

—Me llamo Susan. ¿Y tú?

No sé el nombre que le di, pero desde luego no fue el mío.

En el acto la invité a beber. Pidió, un *whisky* y me asombré del estómago que debía tener, ya que apuró aquel veneno de un solo trago.

—¿Quieres ganarte cien dólares, ricura?

Abrió los ojos en forma inconmensurable y después quedó seria mirándome en forma especulativa.

—Escucha, rico —dijo—; cien dólares le gustan a cualquiera, ¿sabes? Pero no me creas tonta. Tú no perteneces a la clase de tipos que dan los dólares a unas y otras.

—¿Por qué? —pregunté intrigado.

—Porque a ti no te hace falta, buen mozo —replicó mirándome de pies a cabeza con todo descaro—. Tienes un buen tipo.

Me sentí tan alagado como debe sentirse una mujer coqueta cuando se la piropea en público.

—Bueno —repliqué—, ¿sí o no?

Miró en torno. Tenía miedo. Para mí era evidente. También sabía que el miedo suyo se llamaba Mulligan.

Después de la mirada que abarcó por entero todo el interior de aquel antro, la mujer volvió sus hermosos ojos hacia mí.

Replicó muy bajito. Tanto que apenas si pude entenderla:

—Prefiero que me siga invitando, y prefiero también que hable en voz alta.

La miré un tanto risueño. Entonces, procurando que me viera, cambié mi vaso lleno por el suyo vacío. Hizo un gesto y preguntó:

—¿Pretendes emborracharme?

Me reí de dientes para fuera.

—Nada de eso, ricura. Sólo pretendo no beberme ese *whisky* sin llamar mucho la atención —levanté ahora la voz para que el tipo del mostrador me oyera bien—. Anda, bebe. Luego iremos a cenar por ahí.

Volvió el rostro hacia mí, me miró fijamente y dijo:

—Eres un tipo listó, buen mozo. Creo que aceptaré esa invitación, y los cien dólares.

Diez minutos después la llevaba del brazo hacia el «Cadillac». Silbó bajito cuando entró dentro sin reparar que detrás nuestro, siempre a una distancia de media cuadra, aparecía estacionado un negro «Nash» que salió en pos de nosotros tan pronto como arranqué.

Conduje hacia el centro en el más completo silencio. Repentinamente ella alargó la mano y pidió:

—Mis cien dólares, buen mozo.

—¿No te fías?

—Puedes apostar a que no. ¿Me los das?

Riendo se los entregué, y la pelirroja de ojos bonitos y grandes se lo guardó entre los senos.

—Gracias. Eres un «poli», ¿no?

Volví a reírme ante la agudeza de ella. Tal vez por eso había salido. Tal vez Susan tenía más miedo a la policía que al propio Mulligan.

—No, Susan —dije—. Nada de eso. Soy un curioso que tiene que hacer unas cuantas preguntas. Espero que tú me las contestes.

—¿De veras que no eres un «poli»?

—Te he dicho que no, tesoro.

—Bueno, no te enfades. Pero que conste que si no lo eres, te pareces mucho a ellos. Desembucha con lo que sea, ¿quieres?

—Quiero —repliqué—. Y quiero también que me cuentes cosas de Mulligan.

Palideció.

—¿Conque era eso? —Me alargó el billete de cien dólares—. Puedes guardarlo, fisgón.

No hice remilgos y acepté la devolución con una cínica sonrisa en los labios.

—Entonces —dije—, ¿no quieres decirme nada?

—Nada tengo que decir. ¡Y oiga, sabueso! Será mejor que pare el

coche y me deje por aquí. Ya regresaré al «Panamá» por mis propios medios, aunque no lo haré esta noche.

—Te pagaré de todas formas, encanto. Sólo quiero que me contestes a una pregunta.

—He dicho que no tengo nada que decir. Pare el coche; ¿quiere?

—La respuesta a mi pregunta vale los cien dólares, muchacha. Sólo deseo saber si Mulligan ha estado esta noche en el «Panamá». Eso no te compromete a nada.

Quedó pensativa Después replicó con evidente alivio.

—¿Es sólo eso, pesquisa?

—Te he dicho que no soy un «poli», muchachita. Y la respuesta a tu pregunta es, sí.

—Está bien, vengan esos dólares.

Se los di de nuevo sonriendo, bastante divertido por aquel juego. Los guardó en el mismo sitio de antes y replicó:

—No ha estado allí. No le he visto, y eso que yo llegué temprano.

—¿No sabes dónde pueda estar?

—Usted dijo que era sólo una pregunta.

—Que se deriva de la otra. ¿Lo sabes, o no?

—No. Puede estar con su amiga o con el jefe.

De inmediato se mordió los labios y me miró. Fingí no darme cuenta de que había adivinado sus pensamientos. Por lo tanto seguí mirando al frente, conduciendo a poca velocidad, mientras Susan, estoy seguro de ello, pensaba en que tal vez había hablado demasiado pese a sus reticencias anteriores.

¿Un jefe? ¿Quién era?

Desde luego, yo ya había tenido la sospecha de que en aquel asunto de las fotografías, Mulligan no trabajaba solo.

Las súbitas palabras de Susan me volvieron a la realidad del momento.

—Quiero bajarme aquí, pesquisa —dijo.

—Querida, te he dicho que no soy un polizonte.

—Pues si no lo es, le repito que se le parece demasiado.

No repliqué e hice avanzar el «Cadillac» hacia el bordillo de la acera y lo detuve.

Susan abrió la portezuela con un suspiro de alivio. Se levantó la falda sin recato alguno y descendió. Pregunté antes de que

empezara a alejarse de mí, mientras con el rabillo del ojo veía detenerse al «Nash», a poca distancia de nosotros:

—¿Dónde nos volveremos a ver, ricura?

Me miró, me lanzó un beso con la punta de los dedos y dijo:

—En ninguna parte, gran hombre. No pienso volver al «Panamá» en una buena temporada. No sería saludable para mí.

—¿Mulligan?

—Vete al cuerno, pesquisa —me tuteó como colofón final.

Dejé que se alejara. Vi como doblaba por la próxima esquina y embragué dispuesto a largarme hacia mi apartamento. Estaba bastante cansado por cierto.

Dejé el coche en el garaje y subí mientras el «Nash» pasaba por mi lado a moderada velocidad, lo que me hizo llevar la mano a la culata de la «Lugger».

No ocurrió nada de lo que esperaba.

Dobló la esquina perdiéndose de vista y subí.

Completamente a oscuras me encaminé al *living* y entonces encendí la luz.

Los tipos eran dos. Uno, un gigante ya que mediría unos seis pies y medio de estatura, y tan fuerte y pesado como una locomotora. Chato, lo que me hizo compararle mentalmente con un púgil retirado.

Había brutalidad en sus ojos que me miraban un tanto divertidos, en su cara, y también en su sonrisa cuadrada.

El otro era de una estatura normal. Gordito como una bola de sebo, cara redonda, de luna llena. En la mano derecha tenía una pavorosa automática «Colt» calibre 45.

—Pase, míster Drew —dijo el gordito—. Está usted en su propia casa.

Rió de su chiste y entré en el *living* cerrando la puerta a mi espalda.

—¿Qué quieren? ¿Qué hacen aquí en mi apartamento?

El gordito se rió de nuevo.

—¿Has oído eso, Joe? El chico tiene gana de bronca.

El llamado Joe no replicó. Seguía mirándome. Lo hizo por espacio de unos cuantos minutos y después habló:

—Siéntese, pesquisa. Dick y yo queremos hablar con usted.

—¿Y si no lo hago?

—Será peor. Mire, fisgón; tenemos órdenes de no hacerle mal alguno, pero si se empeña, usted mismo con las consecuencias.

Avancé unos pasos viendo como el gordito no perdía de vista ni con la automática ni con sus ojos perrunos.

Me retrepé contra la pared y encendí un cigarrillo.

—Sigo sin saber a qué han venido, y mucho menos por qué han entrado aquí —dije aparentando una tranquilidad que no sentía ni mucho menos.

Al acabar de hablar, el gigantesco Joe avanzó hacia mí. No me moví.

—Dejamos una nota en su coche, pesquisa, y usted sigue metiendo las narices en los asuntos de Pamela Brow. ¿Comprende ahora?

No contesté. No había nada que decir en lo que a mí se refiere.

El gigante añadió:

—Por eso hemos venido. A pedirle por última vez que se desentienda del caso. ¿Qué responde?

Fumé en silencio unos cuantos segundos. Sabía lo que iba a ocurrir a continuación. El gordito seguiría apuntándome con la automática mientras que su compinche intentaría romperme algunos huesos del cuerpo.

A pesar de ello me decidí.

—Mi respuesta es; ¡NO!

Casi en el acto lo tuve encima.

CAPÍTULO XI

Levantó la mano y de refilón vi el guantelete de hierro con el que se la cubría. No tuve tiempo para estremecerme; evité el golpe echándome a un lado y le golpeé con el canto de la mano en el brazo armado.

Saltó hacia atrás con una horrible mueca de dolor en su semblante cruel y entonces alargué la pierna golpeándole con la punta del zapato en el bajo vientre.

Boqueó.

Le vi hacerlo justamente, cuando el gordito me golpeaba con la culata de su arma.

Un agudo dolor, procedente de mi cuello me subió hasta el cerebro. Estrellé la cara en el suelo, e hice esfuerzos por sacar la «Lugger». Lo conseguí justo en el momento en que el gigante, repuesto ya, se abalanzaba contra mí.

Disparé echándome a un lado. Pero no fue contra él, que vino a estrellarse contra la pared debido al impulso que llevaba, al no encontrarme a su paso.

El arma del gordito saltó de su mano y fue a parar debajo del diván.

Dejé a Joe detrás, luchando por incorporarse y salté contra las piernas del gordito. Ambos dimos en el suelo. Dio un par de vueltas sobre sí mismo y se escurrió de mis manos con sorprendente agilidad.

Pero no fue muy lejos. Creo que salté de nuevo sobre él cuando a mi espalda oí el bufido del gigantesco Joe.

Caí sobre su cuerpo y le machaqué la cara y el cuello con ambas manos. Boqueó y le golpeé de nuevo, ahora con la culata de la «Lugger». No dijo nada ni se movió más.

Entonces di cara al energúmeno que se me venía encima. Pero no pude hacer nada. El gigantesco Joe disparó antes y lo mismo que anteriormente le sucedió al gordito, me ocurrió a mí.

La «Lugger» se escapó de mí mano impulsada por un pesado proyectil y al punto noté como mi brazo derecho quedaba completamente entumecido.

—¡Quieto, bastardo!

Obedecí.

El caso no era para menos. Joe me encañonaba al centro de la cabeza con la pavorosa automática, a menos de cinco yardas de distancia. Vi una alegría satánica en su rostro brutal y a continuación vinieron sus palabras:

—Voy a matarte, bastardo.

—No creo que esto le agrade a Mulligan, Joe —dije al azar.

Lanzó una risotada semejante a un trueno y después replicó:

—Eres un imbécil, pesquisa. Mulligan no sabe nada de esto.

Callé durante unos segundos. Pensando.

Intentando desesperadamente encontrar una salida, sin posibilidad alguna, porque no la había.

La nueva risotada del «gángster» me sobresaltó.

—No esperes ninguna ayuda, pesquisa —dijo fríamente, lanzando de soslayo una mirada al gordito que seguía en el suelo, sin moverse—. Y lo siento, ya avisamos. Pamela Brow no te necesita para nada.

Hice una pregunta sabiendo que él no me la iba a contestar:

—¿Quién te manda, rata?

Se rió de nuevo y levantó la pistola. Crispé los músculos esperando la contracción del dedo índice sobre el gatillo. Era algo desesperado y sin ninguna posibilidad de éxito, pero estaba dispuesto a lanzarme sobre él en el momento preciso.

No hizo falta.

Y no hizo falta porque en aquel entonces vino la ayuda.

Repentinamente oí la explosión del disparo, y por unos segundos creí sentir en mis carnes el impacto del plomo, pero no fue así.

No lo fue, porque al instante, lleno de estupor, vi cómo el gigante soltaba la automática mientras la mano se le teñía de rojo.

Maldijo espantosamente mientras se volvía a encarar la puerta del *living*. Le imité, pero fue después de lanzarme hacia donde había

caído mi automática.

Entonces volví los ojos a la puerta y vi al tipo.

Pequeñajo, sumamente delgado, de aspecto enfermizo y vestido elegantemente. Pelo y ojos negros, y a pesar de su aspecto, dando la sensación de ser sumamente escurridizo. Peligroso también.

Y no por la automática que llevaba en la mano derecha, automática que no se apartaba ni un ápice del pecho de Joe, que con el pañuelo de bolsillo, estaba intentando atajarse la sangre que le manaba de la mano.

Sin perderle de vista aquel extraño tipo me habló:

—¿Le importaría mucho que se fueran de aquí, míster Drew?

—¿Quién, esa rata? Pues no, pero antes que se lleve al gordito.

—Ya lo has oído, sucio. Carga con tu amigo y alivia. Vivo.

Joe nos miró a los dos, como si fuéramos unos bichos raros, de una especie desconocida para él. Aquello no lo comprendía, y sin embargo, la explicación era lógica. No deseaba sangre ni alguna otra complicación en mi apartamento.

Dicho en otras palabras, no deseaba en modo alguno que en aquel asunto metiera las narices la policía. Estaba Pamela por medio.

Pamela. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento?

Seguramente tratando de conseguir los cincuenta mil dólares en billetes pequeños, procurando en todo momento evitar que los Bancos no se mostraran excesivamente curiosos.

Mientras seguía pensando en todo aquello, mientras que me preguntaba quién diablos era aquel tipo y cómo había entrado en mi apartamento en el momento preciso, vi como el gigantesco Joe cargaba al hombro a su incondicional amigo, y tambaleándose abandonaba el apartamento, seguido de cerca por el tipejo que no dejaba de encañonarle.

No les seguí. ¿Para qué? Estaba seguro que el tipejo aquel aparecería casi en el acto, como así fue.

Vino mucho antes de lo que yo esperaba. Había guardado la automática en el bolsillo, y sin dejar de mirarme, pero sin pronunciar palabra, fue a sentarse en el diván.

—¿Tiene algo para beber, Drew? —preguntó.

Sacudí la cabeza. Ahora, aliviado de la tensión a la que había estado sometido durante aquellos largos minutos, comenzaba a

darme cuenta de que algunas partes de mi cuerpo, sobre todo la cabeza, empezaba a dolerme.

Pasé mi mano por la nuca. Tenía un regular chichón en ella. Miré al tipo aquél. Repliqué entonces:

—Voy a tomar un par de aspirinas, amigo. En el mueble bar encontrará bebidas —hice una pausa y añadí—: Bueno, sírvase usted mismo y después, cuando regrese del lavabo, espero me diga quién diablos es usted, y cómo ha aparecido aquí tan a tiempo.

Antes de que replicara alcancé la puerta.

Confieso que debería tener yo también ése tan cacareado sexto sentido del cual abusan tanto algunos novelistas, pero lo cierto es que no le tengo ni lo he tenido nunca.

Por lo tanto abrí sin precaución alguna la puerta del lavabo.

Entonces vi a Mulligan.

Dentro de la bañera, y con un tajo en el cuello que casi separaba su cabeza del tronco.

Miles de preguntas acudieron a mí mente sin encontrar respuesta a ninguna.

Avancé unos pasos hasta llegar al borde de la bañera donde el agua caliente brotaba del grifo en forma intermitente. Me envolví la mano con el pañuelo y lo cerré, lanzando después una mirada hacia atrás.

Entonces fue cuando me descompuse.

Rápidamente salí de allí y me detuve en el pequeño pasillo, intentando reponerme del vahído, sabiendo que aquel extraño tipo que había en el *living* notaría en mi rostro la impresión que había recibido.

Diez minutos después me enfrenté con él. Seguía en el mismo sitio, sentado en el diván, pero teniendo a su lado la botella de *whisky* y el vaso más que mediado del mismo.

—¿Y bien? —pregunté deseando que mi voz fuera todo lo firme que deseaba.

Se puso en pie para salir a mi encuentro.

—Me llamo Carrigan —dijo—. Al Carrigan, y soy detective privado de la

«Markent & and

Company». Deseo hablar con usted.

Mi asombro debió reflejarse en mi cara, ya que el tipo que decía

llamarse Carrigan preguntó con marcada ironía.

—¿Sorprendido, Drew?

—Confieso que sí. Bien, ¿qué quiere de mí? ¿Cómo ha llegado aquí tan a tiempo para mí, y más que nada, cómo ha logrado abrir la puerta?

Sonrió ampliamente mostrándome una doble hilera de dientes blancos y limpios.

—Contestaré por la última de sus preguntas, Drew. Entré con una ganzúa, y llegué tan a tiempo porque desde hace horas me di cuenta de que detrás de usted iba un «Nash». El coche que traía a esos dos tipos. Al gordito y al otro. ¿Me entiende?

—Hasta ahora sí. ¿Qué más?

—Poco más, Drew. Necesito su ayuda.

—¿Sobre qué?

—Estoy investigando en torno a Pamela Brow —replicó ante mi estupor—. Alguien quiere saber por qué un tipo llamado Thomas Murray le estuvo haciendo chantaje por espacio de un año o más. ¿Qué puede decirme de ello, Drew? Usted es también uno del oficio. Un pesquisa como diría cualquiera.

Me quedé de una pieza. En aquel momento no pensé ni por un segundo en el problema que me planteaba el cadáver de Mulligan, dentro de mí bañera, con un espantoso tajo en el cuello.

Lo olvidé todo para mirar al hombrecillo que tenía frente a mí, llevando una irónica sonrisa en la boca.

Vacilé unos segundos mientras pensaba rápidamente. Después repliqué:

—Puede que lleguemos a un acuerdo, Carrigan. Pero antes, debo saber quién le paga a usted para eso.

Me miró y vi de nuevo sus dientes cuando sonrió.

—Secreto profesional —replicó.

—De acuerdo, Carrigan. Lo mismo me ocurre a mí.

También estoy en el mismo caso. Por lo tanto, nada puedo decirle sobre lo que quiere saber, a pesar de que le agradezco su oportuna intervención.

—Eso quiere decir que no piensa hablar, ¿no es así?

Lentamente, sin contestar, me acerqué a la mesa y tomé la botella de *whisky*. Bebí directamente de ella: después repliqué:

—No, a menos que me diga lo que deseo saber. ¿Quién le paga,

Carrigan?

El privado me miró, hizo una mueca enseñando sus dientes, lo mismo que un anuncio de pasta dentífrica y replicó:

—Escuché, Drew; está usted metido en un mal asunto. Está metido en él hasta el cuello. Usted, lo sé de buena tinta, representa a Pamela Brow. Pamela Brow estaba sufriendo un chantaje que le estaba haciendo Murray, un indeseable de los bajos fondos de Filadelfia —respingué sin poderme contener al oír el nombre de la ciudad donde había enviado a mí ayudante, pero hice; un esfuerzo para que Carrigan no se diera cuenta de la impresión que me había causado. Como en sueños le oí añadir—: Murray ha desaparecido, Drew. Hay quién dice que usted está encubriendo un asesinato. Más claro, que la Brow asesinó al chantajista y que un detective privado la está ayudando a zafarse de la policía, tal vez seducido por sus encantos.

—Muy listo, Carrigan. Merece que le diga esto, aunque la verdad es que no sé de qué me está hablando.

El tipejo se puso en pie, dejando el vaso de *whisky* más que mediado.

—Le dejo, Drew —dijo—, pero no olvide mi consejo. Tengo algunos amigos en el Departamento de Homicidios los cuales escucharán con agrado esta parte de la historia —hizo una pausa y añadió lentamente—. De usted va a depender que lo haga o no.

—¿Qué espera que le diga, Carrigan?

—Todo lo que sabe de este condenado asunto. Y sobre todo, lo ocurrido con Murray y más que nada, aún, los motivos que tenía éste para hacer chantaje a una mujer hermosa y rica como la Brow. Tiene de tiempo hasta mañana al mediodía. Si no lo hace así, Drew, se verá usted en un lío con el departamento de policía. Un lío que en el mejor de los casos sólo le costará la licencia de privado.

Di un paso hacia él, pero me contuve. En aquel preciso instante recordé que en mi bañera yacía el cadáver de Mulligan. Un conocido «gángster», amante de una prima de Pamela Brow.

—Hasta mañana, pues, Carrigan —dije con una sonrisa de conejo—. Espero que nos pongamos de acuerdo para entonces.

—Lo mismo espero yo, Drew.

Cortésmente le acompañé a la puerta mientras en mi interior lo menos que le deseaba, era que le atropellara un autobús, apenas

alcanzara la calle.

Cerré a su espalda, y volví al *living*. Fue entonces cuando se me ocurrió una idea. Siniestra, cruel en extremo, y carente de toda ética profesional.

Me detuve en medio del *living*, con las piernas abiertas y escudriñándolo todo. Estaba pensando en cuáles podían ser los objetos que yo había tocado últimamente estando allí, acompañado de aquel tipejo enclenque y peligroso.

Después un rato después, empecé a borrarlas con el pañuelo, procurando no dejar otras mientras lo hacía.

Un cuarto de hora más tarde me di por satisfecho y entonces fui al teléfono. En el acto me puse en contacto con el Departamento de Homicidios dando cuenta del hallazgo del cadáver, y a escape abandoné mi apartamiento.

En el primer bar que me vino de paso descendí del «Cadillac», pedí un *whisky* en la barra y después fui a la cabina telefónica.

Disqué el número de Helen y la hice saltar de la cama.

Después de hablar con ella marqué el número de la bella rubia Pamela Brow.

CAPÍTULO XII

Después de largo intervalo de tiempo, oí la voz de la doncella.

—¿Quién es...? ¿Diga...?

—Deseo hablar con *miss* Brow —repliqué—. Es urgente.

Siguió una pausa, y después oí la réplica un tanto airada de la doncella:

—*Miss* Brow está durmiendo, amigo. Llámela por la mañana, ¿quiere?

Colgó antes de que pudiera decir nada más.

Con una maldición disqué de nuevo y cuando se puso al, aparato exclamé:

—Escuche, ricura. Llámela que es urgente. De parte de Phil Drew. ¡Hágalo si no quiere que me presente ahí ahora mismo, encanto!

—De acuerdo. La llamaré.

Mientras soltaba el auricular la oí rezongar algo sobre las costumbres libertinas de alguna gente, y esperé.

Fueron unos siete minutos que para mí se hicieron siete siglos.

Por fin oí su voz al otro lado del hilo, en una pregunta que sonó como mi susurro:

—¿Phil...?

—Sí. Soy yo, tesoro.

Suspiró fuertemente y después inquirió:

—¿Qué ocurre, Phil? ¿Qué ha pasado?

—Confieso que éstas no son horas para levantar a nadie de la cama, querida, pero ha sido preciso hacerlo —hice una pausa en la cual ella no dijo nada y añadí—: Tengo que verte ahora, como sea. Sé que es muy tarde, casi de madrugada, pero ha de ser así.

—¡Oh, Phil...! Desde luego. Pero...

La atajé, en el acto.

—No puedo decirte nada ahora mismo, ¿comprendes? Pero necesito hablar contigo. ¿Dónde, tesoro?

No vacilé en dar la réplica:

—Ven cuando quieras, Phil. Te estaré esperando.

Mi sorpresa llegó al paroxismo.

—¿Ahí? ¿A tu casa y a estas horas?

—Sí. Entra por la puerta de atrás. Te estaré esperando como digo. ¿Tardarás mucho?

Consulté el reloj antes de replicar.

—Dentro de veinte minutos, Pamela.

—Te espero.

Colgué y abandoné la cabina telefónica diciéndome que Pamela estaba asustada. Muy asustada. Más que nunca. Desde luego, mi intempestiva llamada telefónica había contribuido aún más a ello, pero yo no podía hacer otra cosa.

A estas horas, mi apartamento estaría invadido por los miembros de la Brigada de Homicidios, y no pasaría mucho sin que toda la policía de San Francisco fuera tras de mis huellas, al menos, sino acusado de asesinato, si para que intentara explicarles cómo se encontraba en mi apartamento el cadáver de un conocido «gángster».

Me harían pasar un mal rato y por el momento deseaba evitarlo.

Veinte minutos más tarde aparqué el «Cadillac» 92 cerca de la quinta donde la rubia Pamela vivía y caminé hasta la misma.

No tuve qué llamar a la puerta trasera, ya que ésta se abrió un segundo antes de que lo hiciera.

En el acto vi frente a mí, el rostro hermoso y pálido de Pamela y oí su susurrante voz cuando dijo:

—Pasa, Phil. Estás en tu casa.

Hice lo que me mandaba y ella cerró la puerta a mi espalda. Hecho esto vino a mis brazos con entera sencillez, enlazándose el cuello con sus bien torneados brazos mientras se apretaba contra mí buscando mis labios con su boca.

Me incliné, y su beso tuvo algo de salvaje. Gusté de él como no he gustado nunca de beso de mujer alguna.

Nos separamos y puso su mano en mi brazo. Me condujo lentamente a través de toda la casa, silenciosa y oscura, hasta que

adiviné que habíamos entrado en una habitación.

Oí girar la llave en la cerradura y un segundo después ella encendió la luz.

Entonces la vi.

Más hermosa que nunca aunque pálida como un muerto. Bajo la transparente «negligée» de nylon, y en su propio dormitorio.

Enrojeció un poco tal vez porque adivinaba cuáles eran mis pensamientos del momento, y extendió el brazo para señalar uno de los sillones.

—Siéntate, Phil —dijo en un susurro—. Siéntate y habla. ¿Qué ha ocurrido? Me he asustado mucho, ¿sabes?

No hacía falta que lo jurara. Estaba temblando y en sus bellos ojos había un sospechoso brillo de lágrimas.

Le ofrecí un cigarrillo que aceptó, antes de empezar a hablar. Entonces, cuando lo hubo encendido, empecé a explicarle los últimos acontecimientos.

Terminé diciendo:

—Como supondrás, no deseo que me encuentre la policía, al menos por el momento. No puedo regresar a mi apartamento, ya que éste estará ocupado. Empezarán a buscar en los hoteles y...

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites.

Miré en torno.

—Esto es tu habitación, ¿no?

Más que una pregunta era una afirmación, que ella confirmó con un movimiento de cabeza. Después replicó de viva voz:

—Sí, Phil. Es mi dormitorio. Aquí es el único sitio donde nadie vendrá a buscarte.

—Pero las doncellas, tu...

Vi como su rostro se nublaba aún más y me interrumpí.

—Mi padre ha muerto, Phil —dijo—. Mañana será el entierro. Por lo tanto, podrás permanecer aquí con absoluta tranquilidad sin que nadie te moleste.

Su voz se quebró y me puse en pie yendo hacia ella. En unos segundos la tuve entre mis brazos.

Después, cuando la vi más calmada, pregunté:

—Ahora ya no hay motivo para que me lo sigas callando, Pamela. ¿Por qué no me lo cuentas todo desde un principio?

Enrojeció y denegó con la cabeza. Después dijo lo que tantas

veces había dicho.

—No puedo hacerlo, Phil. Compréndelo. Aunque papá haya muerto, el escándalo sería el mismo.

No insistí. Sabía que era inútil.

—De acuerdo, testaruda del infierno —repliqué—. En vista de esto, voy a hacerte varias preguntas, a ver si me puedes ayudar. Se trata de lo siguiente. Cómo te he dicho, había un hombre de la «Markent» en mi apartamento. Ese hombre sabe mucho. ¿Quién pudo contratarle, Pamela?

Vaciló unos segundos, cruzó las desnudas piernas y replicó:

—No lo sé, Phil. Pero tengo miedo, aunque ya no tenga que pagar los cincuenta mil dólares a Mulligan.

Yo no estaba tan seguro de ello, pero me lo callé. No deseaba decirle que sospechaba que alguien los cobraría. Tal vez el mismo que mandó asesinarle. Tal vez su propio asesino.

Mis pensamientos los rompió ella en este punto, cuando añadió:

—¿De quién sospechas tú, Phil?

La miré lentamente preguntándome si podría decir la verdad de lo que pensaba, o debía callarme.

Opté por lo primero.

—Sospecho del marido de tu prima, tesoro. Ese tipo le mató llevando el cadáver a mi apartamento. De esta forma se deshacía de Mulligan, un buen amigo de tu prima, y de mí, ya que le hago sombra.

—Pero ¿por qué, querido?

—Eso es lo que me falta averiguar, muchacha.

—Pero... ¡Pero, Phil, eso es imposible!

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero no puedo creerlo. ¡Sería espantoso! ¿Qué motivos puede tener, querido?

—Escúchame con atención, tesoro, que voy a tratar de convencerte. Por un motivo que ignoro, ya que no me lo quieres decir, un hombre llamado Thomas Murray te hace un chantaje por el cual estás pagando un buen pico. Alguien y nadie mejor que uno de tu familia, o que tenga intereses en ella, sospecha algo por cualquier razón que aún no sé. Este alguien trata por todos los medios de averiguarlo. Ve en este asunto un negocio que puede ir a parar a sus manos. Habla en varias ocasiones con el chantajista,

pero no logra sacar nada en claro. Entonces, concibe otro plan. Más siniestro, más complicado si quieres, pero que lleva a efecto y le sale bien. ¿Me sigues?

«Ese alguien vigila personalmente tu casa, o bien la hace vigilar por mediación de un secuaz suyo. Vigila las idas y venidas de Murray, hasta que en una de las veces, aprovechando que le has dejado solo, desde los árboles, usando una automática de grueso calibre, le mata.

«Entonces las cosas empiezan a ocurrir tal y como ha pensado. Tú, temerosa de que la policía descubra el motivo por el cual Murray te hace chantaje, ya que esto supondría un escándalo en torno a tu padre, que le podría costar la vida, un escándalo en torno a tu propio nombre, no vacilas en ocultar el cadáver.

«El asesino, o quien lo manda, acecha en la sombra. De ahí las comprometedoras fotografías, y después la llamada de Mulligan, y la petición de cincuenta mil dólares. Un bocado bastante bueno, pero que después se convertiría en otro más. En otros muchos más, hasta como ya te dije, Pamela, exprimerte como un limón. Ahora Mulligan está muerto. Asesinado en mi propio apartamento...

Me atajó con una sonrisa.

—Todo eso puede ser cierto, querido, pero tú mismo te contradices. De ser el marido de mi hermana, Mulligan estaría ahora vivo a no ser... a no ser que éste estuviera de acuerdo con ese sucio «gángster» y le haya matado para hacerle callar. Para quedarse con todo. ¿Por qué, Phil?

Callé, sin atreverme a añadir nada más, ya que ella misma, sin mi ayuda, había llegado a la misma conclusión que yo.

En vista, de mí silencio, ella se puso en pie, vino hacia mí y rozándome, mirándome con los ojos extrañamente luminosos, preguntó:

—¿Qué vas a hacer, Phil?

—Por lo pronto descansar —dije alargando el cuello para besarla fugazmente en los labios—. Después, mañana, deseo hablar con tu prima Ruth.

—¡Phil!



—Está usted metido en un mal asunto...

4—Rubia

Me puse en pie y la enfrenté.

—Cuento contigo, ¿no? Pues procura que venga. La veré aquí mismo, y delante de ti. Intenta traerla después del entierro.

Inclinó la cabeza al suelo y la seguí cuando se alejó hacia la puerta.

—Voy a continuar velando a papá —dijo con voz ronca—.

Enciérrate por dentro. Tienes la llave puesta por este lado de la puerta. Yo tengo otra, por lo tanto, si alguien llama, no abras. ¿Comprendido?

Dije que sí y desapareció de mí vista dejándome solo, y sin besarme.

Apagué la luz y me tumbé en el lecho, pero no pude dormir en toda la noche.

Ya completamente de día, oí claramente el bullicio del ir y venir de la gente, oí la bocina del coche mortuorio, y fue entonces, cuando la cerradura de la puerta del dormitorio se abrió para dar paso a Pamela.

Una Pamela desconocida para mí, aunque más hermosa y elegante que nunca bajo su negro vestido de amplio y corto vuelo. Medias de nylon del mismo color, y zapatos de alto tacón haciendo juego con el resto del atuendo.

Cerró a su espalda, vino hacia mí, que me había puesto en pie, me miró con sus ojos enrojecidos y me besó suavemente.

Tuve que clavarme las uñas en la palma de la mano para evitar no enlazarla, por la cintura y estrujarla contra mi pecho.

CAPÍTULO XIII

—Nos vamos, amor —dijo después con una triste sonrisa en su roja boca—: Puedes continuar aquí hasta que esto se solucione.

La miré, en silencio durante unos segundos y después repliqué:

—¿Cuándo volveréis?

—Volveré sola, o con Ruth. Habiendo muerto mi padre, he prescindido de las doncellas, lo mismo que cuando él no estaba en la quinta. La cerraré por una temporada, y... —Me miró largamente—. Y tal vez me decida a que me acompañes un poco por ahí. Pienso emprender un viaje bastante largo, Phil.

—¿Para olvidar?

—Sí. No sabes cómo lo deseo.

—¿También de mí?

—Tonto... —susurró—. Si fuera así, no te pediría que me acompañaras.

—¿Y en calidad de qué, Pamela?

—¡Oh! —Se sonrojó un tanto y añadió—: Eso podemos discutirlo en otro momento. Ahora me voy. No deseo que nadie sospeche que tengo a un hombre en mis habitaciones particulares. Un hombre, tal vez acusado de asesinato, y todo por culpa mía. No sé cómo podré pagártelo algún día, Phil.

Se estremeció violentamente, dio media vuelta y se alejó hacia la puerta con sus elegantes y felinos pasos. Cerró detrás de ella, momento que aproveché para ir a la ducha.

Ya completamente afeitado y lavado, abrí la puerta del dormitorio. Miré a lo largo del pasillo.

Vacío.

Tan vacío como lo estaba la casa, según pude comprobar minutos después.

Aun así, dejé pasar más de media hora antes de buscar el teléfono. Cuando lo conseguí, y teniendo el oído atento por si oía llegar algún coche, disqué el número de la oficina.

Helen se puso al aparato.

Ante su pregunta repliqué:

—Soy Phil, encanto. ¿Alguna novedad?

Respiró al parecer satisfecha.

—Algunas, jefe —dijo después—. Sobre todo, lo que dicen los periódicos de hoy.

—Sigue, Helen —apremié en vista de que callaba.

Primero me replicó con una alegre risotada y después continuó:

—Dan cuenta del hallazgo de un cadáver en el apartamento suyo, Phil. Dicen que lo encontraron obedeciendo a una llamada telefónica, efectuada por un anónimo. En fin, que ha sido detenido un tal Carrigan. Un privado. Al parecer el individuo ese se encontraba también en su apartamento. Han encontrado sus huellas digitales en él. Supongo que el pobre está pasando un mal rato ya que por lo pronto, la policía aún no ha logrado que le dijera para quién trabaja, y cómo es que se encontraba en la casa de usted. No ha querido decir quién es su cliente. Tal vez no lo sepa, pero estoy segura de que la policía no tardará en saberlo. Es muy posible que a estas horas estén interrogando al director de la «Markent» a cuya empresa pertenece ese tipo. ¿Algo más, jefe?

No repliqué al pronto. Estaba pensando, y bastante deprisa por cierto. Ahora no tenía más remedio que moverme aprisa si quería contrarrestar el movimiento de la policía.

Sabía que era cuestión de horas el que relacionaran a Pamela con todo aquel tinglado, y quería, si podía, evitar el escándalo. Para ello solo había una cosa que hacer: buscar y capturar al verdadero asesino.

Pensé ahora en Carrigan y me reí.

Cierto que la jugada que le había hecho al dejar sus huellas digitales en mi apartamento era bastante sucia, pero hay que tener en cuenta que nunca me han gustado los chantajistas, y de un modo u otro, aquel pequeñajo, también quería convertirme en una víctima suya.

Por eso no me arrepentí ni me remordía la conciencia. Puede que con el disgusto que le estaba dando la policía, tuviera bastante,

por lo menos para no intentar de nuevo nada parecido conmigo.

—¿Sigue ahí, Phil?

La voz de Helen me volvió a la realidad.

—Sí, Helen. Aún sigo aquí. ¿Algo más?

—No. Eso es todo. Fisher aún no ha dado señales de vida.

—Aún es pronto, Helen.

—De acuerdo. ¿Dónde le llamo a usted si le necesito o recibo alguna otra noticia?

—Telefonaré de nuevo esta tarde, Helen. Y a propósito; ¿ha estado ahí la policía?

Rió quedamente y luego replicó:

—No, Phil. Aún no. Pero estoy segura de que lo harán pronto.

—De acuerdo, Helen. Procure averiguar quién lleva a cargo la investigación.

—Así lo haré...

Se interrumpió y en el acto me pareció oír el timbre de una puerta. Casi enseguida la oí hablar.

—Ya están aquí, Phil...

Colgué sin esperar a más, encendí un cigarrillo y empecé a buscar la cocina. A pesar de todo no perdía mi apetito.

Desayuné tranquilamente y después volví a la habitación de Pamela. Me dejé caer de nuevo sobre la cama e intenté matar el ocio con unas revistas.

Pronto me cansé del juego, tomé una novela policíaca y al cabo de cierto tiempo la dejé también, hastiado de estar allí completamente solo, de tener los nervios en una completa tensión, y de esperar. Sobre todo de esperar.

Y lo que, era peor, que nada podía hacer hasta que volviera Pamela de enterrar a su padre.

Creo que me quedé dormido, ya que el tiempo pasó por mi lado en un soplo.

Sólo tuve noción de una cosa, de que por las ventanas se filtraba la claridad de las estrellas. Entonces, con una vaga sensación de inseguridad, maldiciéndome por aquel hecho, salté de la cama y acto seguido miré mi reloj.

Las siete de la tarde. Pamela ya debía de haber venido. ¿Qué motivaba su retraso?

Abrí la puerta del dormitorio y me encaminé al *hall* sin encender

una sola luz, sabiendo que desde fuera podían verse con absoluta claridad. Ponía la mano encima del teléfono, cuando oí girar la llave en la cerradura de la puerta de la calle.

Me pegué a la pared con la mano sujetando fuertemente la culata de la «Lugger». La puerta, una vez abierta fue cerrada de nuevo, y en el acto oí el vivo taconeo de dos mujeres. Después se encendieron las luces.

Ruth habló primero.

—Bueno, prima; me tienes intrigada toda la tarde. ¿Dónde tienes a ese pesquiza y qué quiere de mí?

—En mi dormitorio, Ruth.

La voz de Pamela fue un tenue susurro que apenas entendí. Después, y casi al instante en que ella dejó de hablar, oí de nuevo la voz un tanto burlona de Ruth.

—Diablos, Pamela. ¿Lo has convertido en tu amante, o te has casado con él?

—Nada de eso, Ruth. El mismo te explicará...

Pamela calló, porque yo, incapaz de contenerme abandoné la pared y me enfrenté con ellas. Pero sobre todo con el rostro extrañamente enrojecido de Pamela.

Unos segundos después, delante de Ruth, la estreché contra mi pecho y la besé. Pamela no correspondió a la caricia. Se apartó de mí con alguna violencia mientras la risa un tanto improcedente de Ruth estallaba en la estancia.

Me volví a mirarla.

—Siéntese, *mistress* Marlin —dije fríamente—. Debo hablar con usted.

Lo hizo, mientras Pamela se encaminaba al mueble bar de donde sacó bebidas. Ruth no contestó a mis palabras hasta que no tuvo cruzadas frente a mis ojos, sus hermosas piernas, y después de beber un poco de *whisky* del vaso que Pamela le había entregado.

—Con ésta son dos veces, Drew —dijo—. Creo que la primera vez, ya le di a entender que no deseaba verle más.

—Recuerdo su despedida, ricura. Y siendo así, pensando de esta manera, ¿por qué ha venido entonces?

Observé, antes de que me contestara, que Pamela nos estaba mirando atentamente a los dos, y vi cómo se sobresaltaba visiblemente cuando la otra replicó:

—Pamela habló conmigo. Por lo tanto, deseé enfrentarme de nuevo con el elegido de su corazón, aunque a mí, en particular, ese elegido me reviente. Bien —dijo fríamente ahora— basta de preámbulos y vamos al grano. Desembuche de una vez, fisgón.

—¡Ruth!

Se volvió a mirarla.

—¿Qué, Pamela? Es con él con quien estoy hablando. Si no te agrada mi tono, tendrás que aguantarte con él, a menos que no desees que me largue ahora mismo.

Pamela no replicó y Ruth volvió sus ojos hacia mí.

—Desembuche, ¿quiere? ¿De qué desea hablar conmigo?

—De asesinatos, *mistress* Marlin —repliqué fríamente.

No descompuso el gesto cuando levantó el vaso y bebió un poco. Después con estudiada lentitud, lo depositó encima de la mesita ratona y levantó los ojos hacia mí.

—Explíquese, ¿quiere?

—Después —dije—. Ahora sólo quiero que me diga dónde está su marido.

Arqueó una de sus finas cejas y sus rojos labios formaron una perfecta «O».

—¿Qué tiene que ver Paul con todo esto, pesquisa? Más concretamente; ¿con asesinatos?

—Eso es lo que voy a averiguar con usted, *mistress* Marlin. Para eso la he hecho venir.

—Está usted loco.

—De acuerdo por completo —repliqué ante su estupor, que no pudo reprimir ya que su rostro la delató—. Pues bien, escuche las palabras de este loco. Su marido mató a Mulligan, y lo hizo en mi propio aparcamiento, con lo que me ha creado algunas dificultades. Estoy tratando de averiguar los motivos que tenía para querer cargarme a mí ese asesinato.

—¿Y cree que en el caso de que fuera verdad, de que Paul hubiera matado a mi... a Mulligan, que no lo es, yo podría explicarle el por qué? —Se puso en pie encarando a Pamela, que seguía silenciosa mirándonos alternativamente, y entonces dijo—. Me voy ahora mismo, Pamela. No me gusta tratar con imbéciles.

—Un momento aún, *mistress* Marlin —dije atajándola—. Puede estar segura que no se irá de aquí hasta haber contestado a un par

de preguntas mías o tal vez más.

Acto seguido la puse en antecedentes de todo cuanto hablé anteriormente con Pamela y añadí como colofón final:

—Cuando yo subí a su apartamento, *mistress* Marlin, Mulligan acababa de abandonarlo. Yo les vi por la ventana, en una despedida bastante efusiva. Pero yo no estaba solo en la calle, mirando la indiscreción que ustedes cometían frente a los visillos. Había alguien más, querida.

—¿Qué quiere decir?

Su pregunta sonó como un disparo.

Repliqué a mí vez con otra pregunta:

—¿Quiere decirme cómo iba vestido su esposo el día de la fecha, *mistress* Marlin?

Se acercó a mí, tanto, que noté el calor de su cuerpo contra el mío mientras me asaeteaba con sus pupilas brillantes.

—¿Es verdad eso, pesquisa? —preguntó en un susurro.

—Lo es —afirmé secamente.

Entonces me dio la descripción de la ropa de Paul Marlin, incluyendo el modelo y color del sombrero con que se cubría la cabeza aquel día, y que cuadraba por completo con el tipo que yo había visto aquella noche frente a las ventanas del apartamento que ocupaban el matrimonio Marlin.

—¿Era Paul, pesquisa? —preguntó ella después de su descripción.

—Sin duda alguna —repliqué—. Ahora, ¿puede decirme dónde puedo encontrarle?

Al pronto no me replicó. Cuando lo hizo, su voz sonó tan tenue que tuve dificultades para entenderla:

—Entonces ha sido él. El, Paul, le ha matado. —Nos miró a ambos y finalmente dijo—: No sé dónde pueda estar, pero le prometo que tan pronto como lo sepa, se lo diré, pesquisa.

Dio media vuelta y salió taconeando airoosamente sin que yo, y mucho menos Pamela, hiciéramos nada para detenerla.

Después oímos el portazo que dio al salir a la calle, y unos segundos más tarde nos llegó el ruido del motor de un coche.

Me volví para mirar a Pamela y tropecé con ella, que se apretó contra mí ofreciéndome los labios que me apresuré a besar.

—¡Oh, Phil! —dijo—. ¡Es sencillamente horrible! Pero ¿por qué

lo hizo? ¡Y precisamente Paul!

No quise replicar tampoco a aquello, y en vista de que callaba, Pamela empezó a hablar de nuevo:

—¿Vas a ir a buscarlo?

—Voy a telefonear, si me lo permites.

—Estás en tu casa, Phil.

—Bueno... Pero el caso es que aún no estamos casados.

—Ni nos casaremos nunca. Ya te lo dije anteriormente —se me acercó mucho y me miró rectamente a los ojos—. ¡Phil! Es que... ¿acaso te has enamorado de mí?

La miré largamente. No era el lugar ni el momento oportuno para ello debido a la situación que atravesaba; debido al reciente fallecimiento de su padre, pero no pude evitar el contestar, mientras sujetaba su estrecha cintura con mis manos.

—¿Suponte por un momento que es verdad, Pamela? ¿Qué contestarías?

Me miró fijamente, muy cerca, quemándome con su aliento de fuego. Después susurró:

—¡Oh, Phil! Temía que esto ocurriera algún día. No... No debí dejar que me besaras... Yo... ¡Phil, ya te lo he dicho! No puedo casarme contigo, aunque yo también te quiero.

—No te esfuerces, Pamela —dije en tono seco—. Sé que entre tú y yo existe una sólida barrera de unos quince millones de dólares.

—¡Phil! ¿Cómo puedes ser tan duro para decir una cosa así?

No la escuchaba. Me alejé de ella y tomé el auricular. Disqué el número de mí despacho rogando porque Helen estuviera allí.

Estaba.

Oí su voz casi al instante.

—¿Es usted, Phil?

—Yo mismo, ricura. Era la policía, ¿verdad?

—Sí. Le están buscando. Al parecer ya saben muchas cosas con respecto a Carrigan y también algo relacionado con cierta hermosa rubia.

—¿Qué?

—Era de esperar, Phil. Por lo tanto, nada me extrañará que le hagan también una visita a Pamela Brow. Estoy por asegurar de que si no han ido a verla ya, se debe a una de las dos cosas. A que aún no están muy seguros de que ella tenga que ver algo con usted, o

simplemente porque respetan la muerte de su padre, enterrado esta mañana según los diarios de San Francisco.

Callé pensando rápidamente. Dándome cuenta de que mi estancia en la quinta de Pamela estaba tocando rápidamente a su fin. No deseaba en modo alguno que la policía me pescara allí. Demasiado complicada estaba ya Pamela, para que yo mismo fuera a complicarla aún más.

—¿Ha telefoneado Fisher? —Fue lo que pregunté continuación.

—Sí. Pero aún es prematuro para que haya podido averiguar algo. Sólo me ha dicho el nombre y el número del teléfono del hotel en que se hospeda.

Acto seguido me lo dio y lo anoté. Después aún hice otra pregunta:

—¿Quién es el polizone encargado del caso, Helen?

—El teniente Richard Madison del Departamento de Homicidios.

Aquello me alegró en extremo. Richard y yo habíamos luchado en Normandía, codo a codo, en más de un combate empezando por el desembarco, en esta pasada Segunda Guerra Mundial. Nos debíamos favores difíciles de olvidar.

—¿Qué dice el teniente de mí, Helen? —pregunté.

—Nada. Simplemente que le busca, Phil.

—De acuerdo, ricura. Ya puede irse a dormir si le desea.

Colgué cuando me dio las gracias y me volví a mirar a Pamela, que no me quitaba la vista de encima.

—Voy a subir por mi sombrero —anuncié fríamente.

Vino hacia mí y se colgó a mí cuello.

CAPÍTULO XIV

La separé suavemente, pero con firmeza y avancé resueltamente hacia la escalera.

Vino detrás y penetró conmigo en el dormitorio. Tomé el sombrero y la miré.

—¿Te marchas? —preguntó.

—Claro —repliqué—. Mi secretaria me ha dicho que alguien ha hablado de ti a la policía y espero que de un momento a otro...

Tuve que interrumpirme para sostenerla.

—¡Oh, Phil! ¿Qué va a ocurrir ahora?

—Nada en lo que a ti respecta, Pamela —repliqué—. Pero tendrás que decirles la verdad de todo. La verdad de lo que ocurrió en Filadelfia después de terminar allí tus estudios.

Fue un tiro al azar, pero que dio en el blanco, confirmando así mi idea y mis sospechas. A juzgar por la expresión de Pamela. Fisher no iba a perder el tiempo en aquella ciudad.

Pamela abrió mucho los ojos. Me miró mientras palidecía de un modo horrible y después se llevó la mano a la boca y la otra al pecho.

—¡Phil!

Por segunda vez en unos días, cayó a mis pies como un saco.

La levanté suavemente y la deposité encima del diván. Intenté reanimarla por todos los medios, y mi tarea, antes de que lograra conseguir que se recuperara, la interrumpió el sonido del timbre del teléfono.

Vací los cuantos minutos entre si tomar el auricular o seguir con Pamela, pero pudo más mi curiosidad que otro sentimiento cualquiera.

La dejé tendida en el sofá y me acerqué al teléfono. Unos

segundos después hasta mis oídos llegaron las palabras de Ruth Marlin.

—¿Es usted, Drew?

—Sí. ¿Qué ocurre, *mistress* Marlin?

—Se trata... Bueno, se trata de Paul. Está aquí, en nuestro apartamento. Aprovecho la ocasión de que se está duchando para decírselo. Venga pronto, ya que me ha dicho que se marcha de viaje esta misma noche.

—¿Hacia dónde? —pregunté a mi vez, haciendo esfuerzos porque mi voz no delatara el nerviosismo que sentía.

—No lo sé. No lo ha dicho, Drew. Vendrá ahora, ¿verdad? —Siguio una pausa y después ella preguntó—: ¿Quiere que llame a la policía para que le ayude, Drew? Es... Estoy muy asustada.

—Nada de eso, *mistress* Marlin —atajé—. Iré yo mismo, y solo. No deseo que por el momento se mezcle en esto la policía.

Siguieron unos cuantos minutos de silencio al cabo de los cuales la oí decir:

—¡Phil! Creo... Creo que está acabando de ducharse... Yo...

Colgó sin darme tiempo a replicar.

Con el auricular en la mano lancé una mirada al cuerpo de Pamela, que seguía tendido en el diván, sin moverse. Hice la señal de marcar y disqué.

Perdí más de diez minutos en aquella conversación y después volví al lado de Pamela que en aquel momento se incorporaba sobre el diván, mirándome con sus grandes ojos muy abiertos por el estupor y el miedo.

—¡Phil! —murmuró—. ¡Has estado averiguando cosas más!

—Olvídalo, Pamela —dije—. Olvídalo y procura descansar. Ahora voy a salir. Tu prima Ruth ha telefoneado. Voy a charlar un rato con su marido.

En el acto me prendió el cuello con sus brazos y susurró con los labios junto a los míos:

—¡No vayas, Phil! Tengo miedo, mucho miedo por ti, querido.

La separé de mis brazos después de besarla y di media vuelta, empezando a caminar hacia la puerta de la calle.

Me alcanzó antes de llegar reteniéndome por un brazo.

—¿Qué quieres ahora, Pamela? —pregunté.

—Lo... Lo has averiguado todo, ¿verdad?

—Quizá, muchacha.

Me desprendí de su brazo y salí a la calle, palpando la culata de la «Lugger».

Di varios pasos con ánimo de rodear la quinta, hacia el garaje donde posiblemente Pamela había llevado mi «Cadillac», aunque no era mi ánimo viajar con él aquella noche, por la policía, se entiende.

Por lo tanto, dispuesto a tomar el de ella llegué al garaje. Empujé la puerta que estaba entornada y entré. Di dos pasos hacia donde yo sabía que se encontraba el interruptor de la luz y en el acto un objeto duro se hundió en mi espalda.

Inmediatamente después oí la voz risueña del gordito:

—No te muevas, pesquisa, o te agujereo la piel por idiota.

Fui a volverme, y en aquel instante algo estalló sobre mi cabeza.

La última noción que tuve antes de sumirme en la inconsciencia fue la risa brutal y burlona de Joe, y el consolador pensamiento de que yo había sido y seguía siendo un idiota redomado.

Ya no lo recobré hasta que una mano «cariñosa» me vació sin cumplimiento alguno un cubo de agua en la cabeza, cara y pecho.

Tragué una poca, ya que debería tener la boca abierta y escupí en todas direcciones antes de abrir los ojos, lo que motivó una risotada de mis captores.

Los abrí finalmente y miré alrededor.

Me encontraba tendido en el suelo, en lo que parecía ser un espacioso sótano, con herrumbre en todos los hierros que alcanzaba a descubrir, varios montones de cajones de madera apilados al fondo, junto a una gran puerta, también de madera, lleno de polvo y suciedad y alumbrado con una sola bombilla eléctrica, lo que hacía aún más lúgubre el lugar, ya que la luz de la misma era insuficiente para alumbrarlo todo.

Los dos «gangsters» estaban allí. Joe, como la primera vez que le vi en mi apartamento. Mirándome con su rostro brutal y los ojos brillantes, llenos de satisfacción.

Estaba pensando hacerme pagar lo que le había ocurrido en mi apartamento. Aún llevaba la mano vendada, y fue entonces cuando recordé a Carrigan. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sido de él?

Por su parte, el gordito sonreía. Empuñaba la automática y me estaba apuntando al estómago, con una mefistofélica sonrisa en la

boca.

Al parecer no podía estar mucho tiempo callado, ya que exclamó apenas vio cómo me sentaba en el suelo:

—Volvemos a vernos, pesquisa.

No repliqué.

Acababa de ver a alguien más en el sótano, y aquella figura atrajo toda mi atención. Y fue al verla, cuando lo comprendí todo.

¿Cómo había sido tan idiota, tan torpe?

Porque la figura que había caído en el suelo era la de un hombre. Un hombre que aún llevaba puestas las mismas ropas que yo le vi cuando vigilaba el departamento donde vivía Ruth Marlin.

Estaba atado como un fardo, y como un fardo se encontraba tendido en el suelo; lleno de suciedad y polvo, y en una de las mejillas presentaba un desgarrón cubierto de una costra seca de sangre y polvo.

Aquel hombre no podía ser otro que Paul Marlin, el marido de Ruth.

Tenía los ojos abiertos, fijos en mi persona. Cuando se dio cuenta de que yo, le miraba sonrió y dijo con voz bastante firme:

—Veo que es usted más estúpido de lo que creía. ¡Le cazaron también, pesquisa!

La risotada de los dos «gángster» cortó momentáneamente mi respuesta. Luego repliqué:

—¿Quién es usted?

La respuesta tenía que ser necesariamente la que yo esperaba. ¡Lo fue!

—Paul Marlin, pesquisa.

—¿Sí...? ¿Y su esposa?

Rió roncamente.

—No creo que tarde mucho en verla por aquí —replicó. Lo que motivó una nueva risotada de los dos gorilas.

Me volví a ellos y les miré.

—¿Qué vais a hacer con nosotros?

El gordito fue el que replicó a mí pregunta:

—¿No lo sabes, bastardo? Pues es sencillo. Un poco de cemento en los pies, y al agua.

Me estremecí sin poder evitarlo.

—¿Dónde me habéis traído?

El gordito fue a contestar, pero Joe le atajó casi violentamente:

—¡Cósete la boca, Dick! Puede que a ella no le guste que hables mucho.

El gordito rió a más y mejor. Después me señaló con la automática y replicó:

—¿Por qué, Joe? Ese sucio no verá la luz del día de la mañana. Va a morir de un momento a otro. —Calló unos segundos, volvió el rostro hacia mí y añadió—: Estamos a cuarenta millas de San Francisco, pesquisa. En un rancho abandonado. Como ves, no hay posibilidad al...

—¿Por qué no cierras el pico de una vez como te ha dicho Joe, Dick?

Levanté los ojos y los fijé en la puerta situada al fondo. Ruth Marlin avanzaba hacia nosotros llevando una sonrisa socarrona en su carnosa boca, y dos automáticas en las manos, con las cuales no apuntaba a ninguno de nosotros. Ni a mí.

Pero lo que me llamó la atención, es que en la derecha llevaba mi «Lugger». Francamente no comprendía por qué, si el gordito habló de cemento.

La hermosa mujer de Paul Marlin, prima de la rubia Pamela, se detuvo al lado de Joe. No miró a su marido. Tampoco lo hizo al entrar. Sus ojos, como dos taladros de fuego estaban fijos en mi humilde persona.

—¿Sorprendido, bastardo? —preguntó.

—No tanto como tú crees, Ruth —repliqué tuteándola—. Confieso en que hubo momentos en que llegué a creer en ti. Pero esta noche...

—Esta noche, ¿qué? —preguntó en vista de que yo: me interrumpía.

—Cuando me llamaste, querida —repliqué—. Ése fue tu error.

—¿Síiii...? Entonces, ¿por qué te dejaste coger, rata?

—Porque no sospechaba que esa pareja de gorilas estaría en la quinta de Pamela, ricura.

Rió.

Se rió de mí mostrándome la maravilla de su dentadura. Después replicó:

—Eres un idiota, fisgón. Claro que estaban esperándote. Les mandé yo antes de telefonearte, y no lo hice hasta que ellos me

dijeron que estaban cerca de la quinta. Sencillo, ¿verdad? —Acabó con manifiesta ironía.

—Sí, mucho. Y ahora, una pregunta, Ruth. ¿Por qué mataste a Mulligan?

Su alegre carcajada, que a mí se me antojó siniestra, rebotó de un lado para otro por las paredes del sótano. Después me miró, hizo lo propio con los dos gorilas y después detuvo sus ojos en la figura de su marido.

—¿Qué te parece la pregunta de ese imbécil, Paul? —preguntó—. ¿Se lo cuento todo? A ti poco puede importarte, querido. Vas a morir dentro de poco, y con él.

—Puedes hacerlo, sucia.

Se burló de él, durante unos cuantos minutos y después me miró de nuevo.

—Eres un imbécil, rata —dijo—. Yo no maté a Mulligan. Yo no he matado a nadie. Mulligan, y aquel hombre llamado Murray... Bueno, te diré la verdad de todo. ¡Para lo que te va a servir! Escucha, pesquisa, que es interesante. Esto lo ideó mí querido espeso. Fue bastante después de que se casara conmigo, creyendo que yo iba a heredar tanto como Pamela, y por una verdadera casualidad.

«Él había tropezado a Pamela varias veces en compañía de aquel tipo. A Murray me refiero. Aquello le llamó la atención, ya que el tal Murray era grosero en extremo, descuidado en el vestir, malhumorado, y con todo el tipo clásico de un fuera de la Ley. Investigó sobre él deseoso de saber cuál era su género de vida, descubriendo que el tipo vivía bien sin que se le conocieran bienes algunos. Aquello le hizo entrar en sospechas, y más sabiendo que Pamela siempre había sido muy cuidadosa en la elección de sus amistades. Por lo tanto aquello cuadraba poco con el verdadero carácter de ella. ¿Qué negocios tenía Murray con Pamela?

«Esta pregunta nos la hicimos los dos varias veces, hasta que una de las veces, Paul vio que Pamela le daba dinero. Y un buen montón de billetes. ¿Chantaje? Si era eso. ¿Por qué? Ésta es una pregunta que aún no hemos podido contestar, pesquisa, aunque supongo que averiguó algo que ella hizo durante su estancia en Filadelfia.

—Bien, ricura. Y ahora, ¿quieres decirme dónde entra Mulligan y quién mató a Murray?

—Te lo diré si no me interrumpes otra vez, tío listo. Mulligan entró en el juego cuando Paul, que era amigo suyo, viendo que él solo no podía averiguar lo que deseaba, le metió de cabeza en el negocio, ya que nosotros teníamos ideado sacar también nuestra tajada, pasaportando, claro está, a ese chantajista de vía estrecha. Pero salió mal. Mulligan fracasó también y entonces ideamos deshacernos de Murray cuando llegara la ocasión. Ésta se presentó días más tarde, una de las veces que fue a cobrar la asignación que él mismo puso a su silencio.

«Mulligan le mató con un «Colt 38» desde uno de los árboles del jardín, aprovechando que Pamela le había dejado solo. Fue allí con Joe. Joe es un experto fotógrafo, y al ocurrir las cosas tal y como las habíamos pensado, empezó a sacar fotografías de Pamela y del cadáver. Perdíamos una ocasión con la muerte de Murray, pero la ganábamos con la actuación de Pamela ya que ésta, temerosa de que la policía averiguara algo que ella prefería tener bien callado, no dio parte del asesinato y se limitó a esconder el cadáver en el portaequipajes del sedán, y lanzarlo al mar.

«Mulligan presentó las fotografías y pidió por ellas una buena tajada. Pamela iba a pagar, cuando ese cerdo —comprendí que se refería a su marido—, le mató de una cuchillada, haciéndolo en tu apartamento, ya que Mulligan fue a verte mandado por mí, aquella misma noche, con objeto de intentar sobornarte para que te apartaras de la cuestión, o matarte allí mismo, cuando más tranquilo estuvieras.

Calló mirándonos de uno en uno, y luego, clavó los ojos llenos de fuego en Paul Marlin.

—Vas a morir por ello, Paul Marlin —dijo con voz oscura—. Vas a morir. Fuiste un cerdo. Le mataste por celos, imbécil. Estropeando un negocio de cientos de miles de dólares. Entre los tres la hubiéramos dejado exprimida como un limón. Claro que yo tengo los negativos —y se llevó las manos al seno—. Claro que se los presentaré en su día a Pamela. Pero claro también, que no deseo dar la cara. Por eso de que soy de la familia, ¿comprendes? Tendré que buscarme a otro, que sea más listo que tú, mi Paul. Tú, que desde que te casaste conmigo no hiciste nada más que darme mala vida, llevado por tu desmedida ambición al darte cuenta que yo iba a heredar unos miserables dólares en vez de la fortuna que esperabas

Eres un miserable cazador de dotes, Paul, pero yo hubiera continuado a no ser por Mulligan. Le quería... a mí modo, pero era así. El... era cariñoso, comprensivo... El reverso de la medalla. Y tú le has matado. Yo lo he perdido, y momentáneamente, también cincuenta de los grandes, que se hubieran podido multiplicar por seis o siete, ¿comprendes? Por eso vas a morir.

Sus ojos destilaban hiel cuando me miró. Sus palabras, dirigidas a Marlin, burla y veneno al mismo tiempo.

Ruth retrocedió unos pasos con lo que el gordito y Joe quedaron a su derecha un poco por delante de ella. Levantó mi automática.

—Voy a matarte, Paul —afirmó de nuevo—. Con la automática de ese bastardo. Luego le liquidaré a él con la tuya. Cuando hayáis muerto, me las ingeniaré para que la policía crea que os matasteis mutuamente. La propia. Pamela me servirá de coartada al declarar que Phil Drew iba detrás de ti por el asesinato de Murray y Mulligan.

—Espera un momento, Ruth —atajé desesperadamente, deseando ganar unos cuantos minutos más de tiempo—. ¿Quién contrató a Carrigan? Me refiero a...

—Sé a quién te refieres, pesquisa. Le contraté yo. ¿Por qué? Porque deseaba tener a Pamela bien sujeta. Para ello nada mejor que averiguar lo que ésta había hecho en Filadelfia durante sus estudios o después de ellos. Por eso fue a verte, llegando en el preciso momento en que Joe y Dick estaban intentando «convencerte», mandados por mí. Ese pesquisa estúpido llegó, a tiempo de estropearles la combinación. Claro que él no sabía ni por un asomo cuál era mi doble juego.

Retrocedió otro paso más.

—No me gustan los testigos —dijo lentamente.

Y disparó contra el gordito, alcanzándole en la nuca.

Mientras caía con los sesos por el aire, Joe lanzó un aullido y se volvió hacia ella llevando la mano a la funda de la axila.

—¡Maldita perra!

Fue todo lo que pudo decir, ya que Ruth le mató de un balazo en el centro de la frente. Después se volvió hacia mí, pero no llegó a tiempo, ya que apenas disparó contra el gigante me lancé contra ella enlazando sus hermosas piernas con mis brazos.

Ambos rodamos por el suelo.

Ruth levantó el arma deseando clavarme el cañón en la cabeza mientras que por su boca de labios rojos y bonitos se escapaban todo un torrente de injurias.

Me ladeé y golpeó en mi hombro. Entonces solté un trallazo que la alcanzó en el pómulo izquierdo. Fui a golpearla de nuevo, pero no me dieron tiempo.

—Ya está bien, Phil. Puedes dejarla —y casi en el acto la seca orden brotada de la garganta del teniente Richard Madison del Departamento de Homicidios—. ¡Suelte esa pistola o la acribillo, *mistress* Marlin!

Ella, por toda respuesta la levantó. Pero no pudo usarla. Uno de los policías de uniforme que acompañaban a Madison levantó la pierna y mi automática voló a un extremo del sótano.

Antes de soltarla y ponerme en pie tomé la otra que había caído al suelo y la entregué a Madison, mientras tres policías más se hacían cargo de ella, que ahora nos insultaba a todos por igual, y en los tonos más variados que jamás pueda uno imaginarse.

Después quedó quieta. Fue entonces cuando Madison se enfrentó conmigo.

—Buen trabajo, Phil —dijo—. Pero no lo hagas otra vez, o no tendré más remedio que acabar con nuestra amistad. No nos gusta que alguien, por muy amigo mío que sea, se entretenga en ocultar pruebas, ni de ayuda a una bonita y hermosa mujer, cuando esta gusta de complicar las cosas lanzando cadáveres al mar.

No repliqué a aquello sabiendo la razón que le asistía. Pero sí dije:

—Gracias de todos modos, Richard. Has llegado muy a tiempo. Creí que hiciste tarde en la quinta, y habías perdido mi pista.

Sonrió.

—Nada de eso, Phil —replicó—. Cuando recibí tu llamada telefónica llamé por radio a uno de nuestros patrulleros. Fue él, el que siguió el coche de esa gente hasta aquí, comunicando, también por radio, con nosotros. Llegamos tan a tiempo que hace rato estamos ahí detrás —señaló la puerta del fondo—. Hemos podido oírlo todo, o casi todo, pero el caso es el mismo —miró a Ruth y a Paul Marlin que ahora estaba en pie, libre de ligaduras, pero con las «pulseras» puestas y añadió—: Una bonita confesión por parte suya, *mistress* Marlin. Lástima que se precipitara en actuar. Por la

complicidad en el asesinato de Murray, y por chantaje, hubiera tenido bastantes años de cárcel, pero ahora iré a la cámara de gas. Los dos juntos. Su marido y usted.

—¿Quiere irse al cuerno, teniente?

—¡Llévenselos inmediatamente de aquí! —Fue la respuesta de él, encarando a sus hombres—. ¿Vamos, Phil?

Le prendí por el brazo y me miró dubitativo:

—¿Qué deseas de mí, Phil? —preguntó con gesto socarrón.

—Que te esperes un momento, Richard. Deseo hablar contigo unos cuantos segundos.

Esperé a que salieran todos y entonces añadí:

—Esa mujer, Ruth Marlin, tiene unos negativos en el seno. Son importantes para mí, Richard. No me gustaría que cayeran en poder de los periodistas. Tú has oído lo que ella dijo, ¿no?

—Sí —replicó—. ¿Qué pasa? ¿Los quieres?

—Eres un tipo listo, Richard. Da gusto hablar contigo.

—Anda, vámonos. —Te necesitaré en el precinto.

Nos fuimos de allí.

Eran las cuatro y media de la madrugada cuando hice saltar de la cama a mi pobre secretaria.

Aparté el auricular del teléfono de mi oído, ya que ella se puso a gritar (con toda la razón), y después, cuando se hubo calmado un tanto, pregunté:

—¿Ha telefoneado Fisher?

—Sí. Y como supongo, le interesará todo lo que me haya dicho, ¿no?

—Desde luego, ricura.

—Pues abra bien los oídos, que no pienso repetir, Phil —ahogó un bostezo que llegó claramente a mí, y continuó explicándome algo de lo que ya sospechaba.

—Gracias, encanto —dije en cuanto hubo terminado—. Buenas noches y que tus sueños sean agradables.

Colgué antes de que pudiera mandarme al cuerno.

Y eran las cinco, cuando un taxi me dejó frente a la quinta de Pamela Brow.

No tuve que llamar nada más que una vez. La muchacha debía estar despierta, levantada, esperándome, ya que al cabo de un minuto escaso, y sin preguntar quién llamaba me abrió la puerta.

Lo primero que noté fueron sus brazos en mi cuello, el calor de su cuerpo prieto y juvenil, y el fuego que había en sus labios.

Después, en el más completo silencio fuimos al vestíbulo. Pamela preparó algo para beber y vino a mi lado. La enlacé por la cintura mientras con la otra mano buscaba en el bolsillo interior de mi americana.

—Todo ha terminado, Pamela —dije.

—Lo he supuesto al verte, Phil —dijo mirándome fijamente a los ojos—. ¿Qué ha ocurrido? Era Paul tal y como sospechabas, ¿no?

Se lo expliqué todo, sin darle aún el sobre que llevaba en la mano, sobre que contenía los negativos.

—¡Phil!

Fue todo lo que se ocurrió decir, y entonces se los entregué.

Los miró uno a uno y después los depositó a su lado, encima del diván.

—Entonces, la policía...

—No hará nada, siempre y cuando haya alguien que salga fiador de ti de por vida.

Aquello era una mentira como una casa, pero no se me ocurría otro modo de decirlo.

—¿De... de por vida...? —preguntó.

—Claro, nena. Tendremos que casarnos.

Palideció mirándome, y entonces añadió:

—Claro que antes tendrás que ir a Filadelfia y traerte a tu hija con nosotros.

—Phil, yo... Pero tal vez, tú...

—Olvídalo, muchacha —dijo un tanto secamente—. Ahora quedamos tú y yo. Para siempre. ¿Entiendes?

Había un mundo de esperanza en sus ojos cuando volvió el rostro hacia mí, y la besé. No podía hacer otra cosa en aquel momento. Tampoco me atreví a decir nada de lo, que pensé en cierta ocasión cuando me dio cinco mil dólares intentando comprarme. ¿Para qué?

FIN

Keith Luger

La risa del asesino



**Precio:
7 ptas.**

**Aparecerá la próxima semana
en esta misma colección**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos

TECNICA AL DIA



Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad

Escritos por el conocido radiotécnico
R. J. de Darkness

La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

¿Quién es bob morane?



FICHA

Nombre y apellidos: BOB MORANE

Edad: Menos de 30 años.

Profesiones: Ingeniero, Aviador, Periodista, Detective (aficionado), Agente Secreto (cuando se lo piden).

Deportes que practica: Judo (cinturón negro), Boxeo, Equitación, Pesca Submarina, Aviación, Paracaidismo.

Estatura: Alto.

Complexión: Atlético.

Cabello: Rubio, muy corto.

Ojos: Azules acero.

Situación militar: Comandante de la R. A. F. durante la guerra.

Una colección de libros
de aventuras que
leerá muchas veces.



COLECCION

marabú



ZANE GREY

Las mejores novelas del
Oeste, también apare-
cerán en la



Colectión

marabú

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINILLA"

855 — Rosa Alcázar
LOS TRES DESTINOS
DE KETTY

COLEC. "MADREPERLA"

261 — Mary Vidal
CON EL MAS MISERABLE

COLECCION "ROSAURA"

685 — M.^a Esperanza Neyra
DESVARIO

COLECCION "AMAPOLA"

582 — Corín Tellado

LOS ENCONTRE ASI

COLECCION "ALONDRA"

516 — M.^a Teresa Sesé
NO ME OLVIDES.

COLECCION "CAMELIA"

457 — Celia Bravo

SEÑORITA MANQUI

COLECCION "CORAL"

150 — Corín Tellado

DIARIO DE UNA MADRE

COLECCION "CORAL"

271 — Corín Tellado

ESTERO UN MARIDO RICO

COLECCION "CORAL"

14 — Corín Tellado

NO TE OLVIDE NUNCA

COLECCION "BISONTE"

796 — Keith Luger

TRES PATAS PARA
UN BANCO

COL. "SERVICIO SECRETO"

660 — Peter Debry

SINFONIA

EN NUEVE CORTO

COLECCION "BUFALO"

493 — John Lack
CRISTAL PALACE

COLECCION "TEXAS"

361 — Orland Gorr
OBLIGADO A LUCHAR

COLECCION "CALIFORNIA"

340 — Clark Carrados
MATANZA EN ARROYO
LOCO

COLECCION "COLORADO"

285 — Meadow Castle
CUANDO NACE
UN PISTOLERO

COLECCION "KANSAS"

251 — M. Lafuente Estefanía
MURPY MALLOY

Col. "HIERROS DEL OESTE"

233 — M. Lafuente Estefanía
SOBRE LA PISTA

COL. "ASES DEL OESTE"

203 — Fidel Prado
LEW, EL DESBRAVADOR

COLEC. "BRAVO OESTE"

115 — John Lack
UNA CRUZ EN LA COLINA

COLEC. "PUNTO ROJO"

49 — Joe Mogar
UNA RUBIA
EN LA CARRETERA

COLEC. "SELECCION S. S."

27 — Silver Kane
LOS SATANICOS

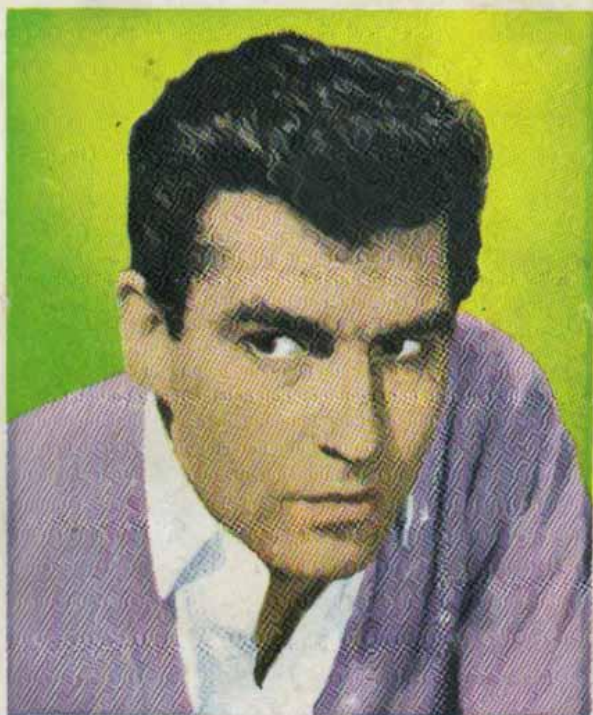
Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argen
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA P
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Ca
ra 6.ª núm. 12-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apa
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 28
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SA
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, A. Benalcázar, 54
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre,
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 1
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Est
número 5-51 - PANAMÁ.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN
CION.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Resenfeld - Jirón Moquegua, 33
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.4
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferre
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



N° 1584

Michael Craig

Este apuesto galán del cine inglés, nació en la India en el año 1939. Ha interpretado las siguientes películas: "Crimen al atardecer", "La historia de Malta" y "La casa de los secretos".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 pts. * Impreso en España Printed in Spain